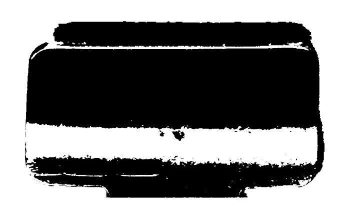
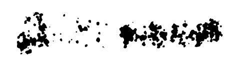












**ALGUNAS REFLEXIONES**

# SOBRE HOMEOPATIA

DEDICADAS AL PUBLICO

POR EL

**DOCTOR IGNACIO MARIA MONTAÑO,**

DE LA FACULTAD DE MÉXICO.



MEXICO.

IMPRENTA DE EL TIEMPO, CALLE DE LEANDRO VALLE
NÚMERO 1.
1891.

ALGUNAS REFLEXIONES

# SOBRE HOMEOPATIA

DEDICADAS AL PUBLICO

POR EL


DOCTOR IGNACIO MARIA MONTAÑO,

DE LA FACULTAD DE MÉXICO.





MEXICO.

IMPRENTA DE EL TIEMPO, CALLE DE LEANDRO VALLE NÚMERO 1.

1891.

AL abrir para el servicio del público un consultorio segun el método de Hahnemann, debo hacer preliminarmente algunas explicaciones á mis amigos, á mis antiguos compañeros de profesion y al público en general. Dirigiéndome á éste último, daré á conocer sucesivamente la naturaleza, el origen, los principios y fundamentos de la Homeopatía, así como su desarrollo y progreso, su influencia sobre los sistemas de la antigua Escuela y de la rigorosa comparacion con ellos, sus indisputables y prácticas ventajas.

Educado en el sistema Alopático, á él consagré los desvelos y los trabajos de mi juventud y las aspiraciones de los años mejores de mi vida. Un título de Profesor fué el premio de tantos sacrificios; y al cesar desde entónces la obligacion de aprender por reglamento, y la necesidad de que tomaran asiento de preferencia en la memoria las doctrinas determinadas y opiniones de los maestros, vinieron las consideraciones de la propia responsabilidad y reflexion.

Estaba yo en posesion de una multitud de medicamentos recomendados por distintos autores, con más ó ménos esperanzas de éxito, para la diversidad

de enfermedades, y éstas se iban presentando bajo el dominio de mi asistencia y responsabilidad, á medida que aumentaba mi crédito para con el público

No tardé en ver que las recomendaciones eran muy grandes y los resultados pequeños ó nulos. Empecé á encontrarme enfrente de circunstancias para las que me sentía desarmado y cuando á pesar de prolijos cuidados una enfermedad habia desenvuelto sus períodos amenazando con un fin terrible y desgraciado en medio de la dolorosa ansiedad de una infeliz familia, entónces, cuando los recursos debieran ser más numerosos y eficaces, era más completo el conocimiento de mi impotencia y nulidad. Pero á pesar del desaliento era necesario obrar urgido siquiera por el dolor de una familia, por la reputacion, el amor propio ó el buen deseo del corazon. Mas ¿dónde encontrar el remedio, y cómo navegando sin rumbo llegar al puerto deseado? Era preciso confeccionar una fórmula que más apoyo le daban la fantasía y el buen deseo que la pobrísima ciencia. Era preciso, en fin, como engañar la ansiedad de una familia, hacerse uno á sí mismo una burla de bulto y sentir no sé si remordimiento, rubor ó desesperacion.

Algunas veces culpando á mi inexperiencia, á mi falta de habilidad ó de talento, consultaba á mis maestros ó más aventajados compañeros, pero los resultados eran idénticos, y ¡cuántas veces escuché opiniones hijas de un doloroso escepticismo que enfriaron el calor de mis deseos produciéndome un verdadero escándalo científico!

Aunque la experiencia cimentaba amargas decepciones, nunca pudieron éstas desalentar en mí una esperanza que nunca se cansó y un anhelo infatigable para buscar un modo más cierto, más seguro de devolver la salud á mis enfermos. Libros de diversos países, periódicos, lecturas, reflexiones, nada economicé para conseguir mi objeto.

Habían pasado sucesivamente delante de mis ojos desde la época en que estudié, los restos del sistema de Broussais del cual se conservaba lo que racionalmente parecía más aceptable y limpio de exageracion, las ilusiones de los nuevos iatro-químicos con sus mercuriales y alcalinos para disolver dentro de los tejidos la excesiva fibrina de la sangre; y las manifestaciones desconsoladoras de la Escuela materialista y anatómica confesándose impotente para obtener la regresion de las exudaciones inflamatorias en estado de organizacion.

Los seguros y notables adelantos en la Química y en la Patología, en el Diagnóstico, en la Fisiología y en todos los ramos accesorios á la ciencia de curar, mantenían falazmente la esperanza de que un sistema apareciera un dia, satisfaciendo las aspiraciones de los médicos y las justas exigencias de la doliente humanidad.

Viviendo en esa expectacion, un dia me llamó la atencion una controversia entre homeópatas y alópatas mexicanos sobre la eterna cuestion de las dósis de la nueva Escuela. Un periódico que en aquella época recibía yo me ponía al corriente de la discusion, séria y moderada por parte de los descendientes de Hahnemann, burlesca y picante por la de los hijos de Galeno. Sentí un movimiento decisivo para interesarme en la cuestion, pero criado en el desprecio de la Homeopatía que pasa de maestros á discípulos por todas las generaciones médicas de la Escuela antigua, me encontraba solo con ese desprecio y como primera consecuencia casi con la probabilidad de que los primeros estuvieran engañados; sin embargo, pensé que sin conocer á fondo sus doctrinas nunca podría tener ventaja para combatirlos ni conseguiría llegar á los puntos en donde se ocultaran sus errores. Orgullosa la imaginacion me los ponía delante de

los ojos, y entónces nació en mí la duda y tras ella el vehemente deseo de esclarecerla.

Para conseguirlo, determiné hacer un estudio formal de Homeopatía. Pensé en las obras de su fundador, pero juzgando como se piensa en Alopatía las creí anticuadas; sin embargo, nada conocía yo de obras modernas, hasta que, provisto de un reducido catálogo, me encontré con la tercera edicion de las lecciones de Materia Médica dadas por el Dr. Richard Hughes en la Universidad Homeopática de Lóndres.

Como las obras inglesas habían sido desde muchos años atrás el objeto de mis lecturas y las consultaba yo siempre con entera confianza, me determiné con gusto por ella, siendo la primera obra á cuya lectura me dediqué.

Allá me esperaba una série de sorpresas y vacilaciones, de dudas y desengaños. Nunca olvidaré la impresion que me hicieron sus lecciones sobre Belladona Digitalia, Pulsatilla y Azufre. En vez de encontrar puntos que combatir, ó entrever errores que demostrar, sentía que un horizonte nuevo y desconocido se abría delante de mis ojos.

Mis antiguas creencias estaban conmovidas, mis opiniones vacilaban y era preciso emprender un estudio sério y comparativo entre lo pasado y lo presente, que daría por resultado el que aquella nueva luz que empezaba yo á entrever brillara con todo su esplendor, ó se apagara sin dejar despues más que un negro desengaño.

No obstante la riqueza de la literatura homeopática, tropecé con una grande dificultad: la suma escasez de obras aquí, y lo dificultoso de conseguirlas. Fué preciso proverme de catálogos, y un amigo mio, ilustrado y amante del adelanto de las cosas verdaderamente útiles y benéficas, me proporcionó las obras didácticas y de controversia en Homeopatía, perió

dicos, monografías y las grandes obras de Hahnemann, que parece increíble pero que no pude conseguir en México por ningun precio ni diligencia.

Desde entónces me consagré á una lectura asídua, tranquila y perseverante á la vez que á la reflexion y la comparacion de los puntos más difíciles ó que más chocaban con las ideas que una educacion distinta y el tiempo y la costumbre habían arraigado profundamente en mi espíritu.

Pero al llegar á las obras del inmortal y venerable Hahnemann, el Organon de la Medicina, con aquella lógica severa é inflexible que no deja brecha por donde ser batido, con aquel inmenso caudal de experiencia á disposicion de un talento asombroso que supo interpretar sus hechos para formar los cánones de la nueva medicina. La Materia Médica pura monumento de pacientísima y concienzuda observacion; el arsenal riquísimo é inagotable de la reciente Escuela en donde siempre hay armas nuevas y precisas para todos los casos, por raros y difíciles que sean, y finalmente, el Tratado de las Enfermedades Crónicas, con sus profundos consejos y sus admirables y preciosas medicinas para combatir victoriosamente aquella multitud de males que habían sido la roca donde se despedazaran los esfuerzos de dos mil quinientos años, entónces desaparecieron las últimas sombras de mi mente y con ellas todos los falsos sistemas, todas las vacilaciones y las vanas conjeturas.

Lleno de reconocimiento y entusiasmo, bendije entónces á Dios que había hecho resplandecer en mi alma la vivísima luz de la verdad. Despues, sentí la humillacion y la vergüenza de haber querido combatir lo que desconocieran mi ignorancia y presuncion.

Había yo quedado vencido y convencido en el terreno de las doctrinas; y sólo faltaba su aplicacion para reducirlas á rigorosos hechos en la práctica.

Algunas medicinas experimenté en mi propio in-

dividuo y tuve la satisfaccion de comprobar los síntomas morales de los medicamentos, que tanto me sorprendieron y llamaron mi atencion en su lectura.

Restaba, finalmente, rectificar, en frente de la enfermedad, las raras y preciosas virtudes de tantas medicinas y aquí se presentó naturalmente la cuestion de la dósis. Las dósis elevadas ó infinitesimales, como impropiamente llaman, que no son la Homeopatía ni tienen que hacer nada con la esencia y la naturaleza de ella, puesto que el mismo Hahnemann comenzó á curar con dósis semimateriales, pero que forman el blanco para todos los tiros, todas las burlas y apreciaciones ridículas con que en todos tiempos ha creído deprimir al método admirable y bienhechor el orgullo de la ignorancia ó de la envidia.

Las pretendidas virtudes de esas elevadas dósis fué uno de los primeros puntos que quise averiguar prácticamente. En aquella época padecia yo un insomnio penoso, precisamente de los que la Homeopatía cura con café crudo á la duodécima dilucion.

La experiencia tuvo para mí grande atractivo de curiosidad, ya por tratarse de un padecimiento para el que la Escuela antigua no tiene más que el ópio y el chloral como paliativos, ya por la clase de medicina, el café, y á la elevada dósis con que iba á combatirlo.

Queriendo tener seguridad perfecta en todos los pormenores, comencé por procurarme el café y preparar con alcohol mi tintura madre siguiendo rigurosamente los preceptos de la farmacopea homeopática francesa. Despues hice mis diluciones hasta la 12ª, segun los consejos de Hahnemann, obteniendo finalmente un líquido que contenía un cuadrillon de gota de la tintura madre. Tomé mi medicina convenientemente, y al siguiente dia, cuando al abrir los ojos creí encontrarme con la oscuridad de la noche, ví con regocijo que el sol entraba en mi aposento, y me

dí cuenta que había dormido ocho horas con un sueño tranquilo y reparador.

El siguiente caso que voy á referir no es un padecimiento ligero y accesorio como el que antecede. Es una enfermedad profundamente arraigada en la naturaleza que marcha lenta y dolorosamente para terminar de una manera desconsoladora y muchas veces fatal.

Un niño pobre de 10 años padecía una coxalgía del lado izquierdo; tres fístulas en las cercanías de la articulacion despedían un pus de mal aspecto conduciendo á los puntos enfermos del hueso. El enfermo estaba enflaquecido y en grande destruccion, pues databan de un año sus padecimientos. Los autores homeopáticos de enfermedades de los niños, recomendaban todos la Siliza, así para el estado actual como para la escrófula en donde radicaba el mal. Silícea á la 30ª dilucion le fué prescrita tres veces al dia y una alimentacion reparadora.

Al fin del primer mes las fístulas estaban cerradas, la articulacion deshinchada y sin dolor, y el niño en tan satisfactorio estado, que pensé, como lo verifiqué despues, cortar los tendones de la corva para poder enderezar la pierna, que había quedado contraída á consecuencia de la flexion permanente en que la tenía el enfermo, para mitigar un tanto, en tal postura, sus dolores.

De estos hechos palmarios se desprendían rigurosamente estas consecuencias: las dósis infinitesimales influyen la naturaleza; las dósis infinitesimales curan, y curan poderosamente.

Multitud de hechos, ó mejor dicho, la práctica de todos los dias, confirmaba victoriosamente la perfecta concordancia entre los principios y su aplicacion, entre las doctrinas y los hechos.

Despues de esta franca relacion y en frente de

las circuestancias y los hechos que he referido, creo que no mereceré ser tachado de ligereza, ni que se diga que al abrazar una doctrina nueva, que primero quise combatir, y que en todo difiere de la que ántes profesé, no fué sin maduro exámen, profunda reflexion y contínuo y penoso trabajar. No, diez años que llevo de ejercitarla lo comprueban. En ese dilatado período nunca he visto debilidad en sus principios, ni inseguridad en su aplicacion, ni falta de relacion en sus resultados. Ellos han sobrepujado algunas veces mis esperanzas, y Dios ha querido hacerme presenciar la curacion de algunas enfermedades, reputadas como incurables en la antigua Escuela. Así, he visto desaparecer un cáncer uterino, cicatrizando aquella úlcera áspera é infecta que la destructora enfermedad habia formado, con Sepia y Carbo animalis.

Una tísis aguda ó galopante en un jóven de 18 años, con ácido flourhydrico, Calcárea y Belladona.

La catarata lenticular que había invadido el único ojo de que se servía una costurera, desaparecer en veinte dias con Phosphoro.

Una cirrohsis de hígado con enormes hinchazones hidrópicas, en una enferma desahuciada en Pachuca y en México por varios médicos, curada enteramente con China Sepia y Cloruro de potasio.

Finalmente, una enferma, que padecía un dolor intenso en el cuadril derecho que la obligaba á cojear, que databa de 30 años, en cuyo dilatadísimo período fué vista por multitud de médicos, se curó rápidamente, con asombro de la enferma, empleando la millonésima parte de una gota de tintura de Coloquintida.

Al referir estos hechos no se crea que trato de realzar un talento y una seguridad práctica que no poseo en verdad; sino de llamar la atencion de los espíritus independientes y reflexivos sobre la indis-

putable superioridad de la nueva y verdadera terapéutica y tomarla como poderoso motivo para hacer conocer al público en subsiguientes reflexiones, la medicina, no del porvenir, como decía Hahnémann, su venerable descubridor, sino la medicina del presente; que pregona ser la depositaria de la verdad: que lleva noventa años de comprobarlo en todo el mundo; que sin desviarse de la senda que la señalara el génio que la comprendió, atraviesa su camino, pese á la ignorancia y á la envidia, inflexible y serena como destello de la verdad Divina, enjugando las lágrimas, calmando los dolores de la pobre humanidad y siempre levantando en alto el victorioso pendon de su divisa: *Similia similibus curantur.*

Despues de haber revelado los fundamentos y convicciones que hicieron en mí un deber de ciencia y de conciencia para adoptar la nueva terapéutica, cumpliré con lo que ofrecí al principio de estas reflexiones, y al dirígirme particularmente al público, procuraré hacerle conocer someramente el orígen de la homeopatía, su principio científico, sus fundamentos, la cuestion de las dósis, su desarrallo y marcha actual, su influencia sobre los antiguos errores y, finalmente, las objeciones.

Para alcanzar este objeto me valgo de la prensa periodística, porque el público nada conoce de las discusiones que se suscitan en los periódicos médicos, ni puede ocurrir á ellos para aclarar sus dudas. Generalmente se dirige á los médicos que le asisten en sus enfermedades; personas respetables por su honorabilidad, por su talento, tal vez notables en alguna de las ciencias accesorias á la difícil de curar, y cuando les preguntan qué cosa sea la Homeopatía, en qué consiste, muchísimas ocasiones y no siempre digo, porque entre nosotros hay respetables excepciones de buen juicio y de prudencia, la respuesta

será una sonrisa de desprecio que realza un chiste, una burla, tal vez una calumnia; respuesta que formulan la costumbre, la ligereza, la ignorancia, el orgullo, mas no el profundo conocimiento, ni la prudencia, ni la lealtad á la justicia.

Por otra parte, llevamos noventa años de disputas en que despues de mucho hablar y procurar lucir la instruccion, el talento y buen decir ó cayendo algunas veces en indigno y nada decoroso lenguaje, cada cual queda con sus mismas pretensiones. Y es que las disputas, sin hacer más que despertar el amor propio y el orgullo, no ilustraron jamás cuestion alguna.

La Medicina es una ciencia práctica, dijo el sabio Zimermann, y práctica es tambien la ciencia de curar. Por eso la Homeopatía presenta hechos que tienen los contrarios que dilucidar en el terreno de la observacion y la experiencia. La sana lógica previene clasificar primero las cuestiones y despues emplear los medios convenientes para resolverlas; no querer tratar las cuestiones prácticas con raciocinios y argumentos. El vulgo mismo ha encerrado la utilísima regla en un decir enérgico: "Contra hechos no hay argumentos."

El campo, pues, para la observacion y la experiencia abierto está desde los tiempos de Hahnemann para los disidentes de la Escuela antigua. Allí los esperó la pasada generacion de homeópatas y allí los espera la presente. ¿Quién de los contrarios ha pisado jamás un palmo de ese terreno? y si lo hubiese intentado, le hubiera sucedido lo que á mí. ¿Por que entónces tanto rehusar? ¿Por qué no descender á los hechos y destruir si es tan fácil el charlatanismo y las aberraciones de 90 años? ¿Se teme acaso la vergüenza de tener que guardar despues el silencio del convicto? ¡No, responden, la Homeopatía no merece más que el desprecio!....

Muy bien: la asistencia de las enfermedades podrá ser entónces para el médico cuestion de sistema, de desprecio, de conveniencia, de especulacion, pero para el público es cuestion de vida ó de muerte. El tiene derecho entónces para saber en dónde está el error con sus peligros y la certidumbre con sus ventajas; y esta es la última razon por que me dirijo á él suplicándole me sea indulgente al decirle algo sobre el orígen de la Homeopatía.

Fué Hipócrates el que con claro talento y reputada experiencia levantó en el terreno de la medicina los fundamentos de la observacion verdadera é independiente para el estudio y curacion de las enfermedades. El desentrañó aquella parte de la Filosofía, la Lógica, que enseña el arte de observar, de comparar, hacer juicios y deducir consecuencias verdaderas, de con los sistemas filosóficos absurdos y las ridículas cosmogonías que eran un obstáculo para la marcha de la verdadera medicina, adquiriendo el derecho de ser llamado el fundador de la verdadera filosofía médica.

Quiso explicar la esencia de las enfermedades por la existencia de cuatro humores: la sangre, la pituita, la bilis y la atrábila, y las circunstancias que presiden la evolucion morbosa, por la naturaleza; pero á diferencia de sus descendientes, jamás encadenó los hechos ni la observacion á la teoría, ni doblegó el raciocinio ni la experiencia para obligarlos á entrar al estrecho cartabon de las suposiciones. Por eso aparece unas veces como dogmatista, algunas como humorista y otras como naturalista, creyendo respetables escritores que la doctrina de Hipócrates fué un eclecticismo, es decir, tomar lo útil y verdadero donde se encuentra.

Despues de Hipócrates, la gran figura en la medicina es Galeno. Médico del Emperador Marco Au-

relio, y dotado de gran talento y notable habilidad, fué el primero que fundó arbitrariaménte el humorismo. Apasionado por la filosofía de Aristóteles, que admitía en la naturaleza cuatro elementos: el fuego, el aire, el agua y la tierra, enseñó que el cuerpo estaba formado de cuatro humores como suponía Hipócrates: la sangre, la pituita, la atrábila y la bilis. Pero supuso fantásticamente que la naturaleza de estos humores era igual á la de los cuatro elementos: la sangre, caliente como el fuego; la pituita, húmeda como el agua; la atrábila, fria como el aire, y la bílis, seca como la tierra. Supuso tambien arbitrariamente en esos humores, y para explicar la marcha de las enfermedades, cuatro períodos tambien; los dos primeros en que estaban al estado crudo, el tercero en estado de coccion y el cuarto en vía de eliminacion Acérrimo defensor de la hipótesis que los contrarios curan á los contrarios, para ponerla en armonia con su sistema dividió los medicamentos en calientes, en frios, en húmedos y secos para oponerlos á sus humores. ¡Parece increíble que sistema tan monstruoso como arbitrario dominara catorce siglos la medicina! El célebre Federico Hoffman, médico y profesor de la Universidad de Halle, dice del sistema y de las obras de Galeno: "Medicina de nombre, puramente escolástica é hija solamente de la fantasía."

En el siglo XVI intenta Paracelso sacudir el yugo de tantos errores, y dotado de un espíritu innovador y distinguido talento, se pone enfrente del galenismo sosteniendo la simplicidad de los medicamentos y entreviendo la experimentacion de las medicinas y la terapéutica específica que dos siglos más tarde desenvolvería tan magníficamente el inmortal Hahnemann.

La revolucion que habian producido las doctrinas de Paracelso y los adelantos que la química comenzó á manifestar dieron lugar á creer que aquella cien-

cia sería capaz de explicar la causa de las enfermedades y curarlas. Entónces vino el sistema iatro-químico y su representante Van Helmont. Este enseñó que los fermentos químicos eran la causa de las enfermedades y que éstas debian curarse como Paracelso había dicho, con la quinta esencia de los medicamentos. Impugnó con talento los cuatro elementos de Aristóteles y sostuvo que los cuerpos estaban formados solamente de dos: uno que llamó archéo y la materia; ésta, pasiva y recibiendo las impresiones de aquel. En cada órgano supuso un fermento ó archeo inferior, sujetos todos á la influencia reguladora del archeo principal. La salud era, en consecuencia, la obediencia de todos los archeos; lo contrario, la enfermedad; el método curativo, una quinta esencia que destruyera al rebelde.

En medio de tamaños desvaríos, nulos en resultados prácticos, algunos médicos se limitan solamente á la observacion práctica de las enfermedades, descollando entre ellos el ilustre Sydenham que vivió con la esperanza de que él ú otro descubririan alguna vez los específicos para curar las enfermedades. El Colegio Real de médicos de Lóndres no toleró su disidencia, y arrojó de su seno tal vez al más ilustre de sus miembros, á quien el tiempo ha hecho justicia y admirado la posteridad.

El deseo de conocer la causa de las enfermedades á fuerza de teorias, crecía con la insuficiencia de ellas, y el siglo XVIII fué pródigo en sistemas. Desde luego, Hoffman y Boerhave establecen una doctrina ecléctica que es una mezcla de hipocratismo y iatro-química, en que la causa de las enfermedades reside en los órganos del cuerpo.

Por una parte, Sthal, en 1734 opuso su doctrina del animismo haciendo depender del alma los fenómenos de la enfermedad y la salud. Por otra, los vi-

talistas oponen á los materialistas su principio vital ó fuerza vital, que cuenta entre sus defensores ilustres fisiologistas hasta en la época actual.

Aquí, Haller y Cullen enseñan que la irritabilidad y el nervosismo son fuerzas inherentes á la materia misma que presiden las funciones de los órganos. Allá, Brown y Rassori, con su sistema de *irritabilidad* que atribuye á los órganos la facultad de afectarse por las cosas exteriores ó *estimulantes*, refiriendo la salud al equilibrio entre la irritabilidad y el estímulo, y la enfermedad al contrario á la falta de ese equilibrio.

Ya se deja entender que el método curativo variaba con cada una de de estas teorías. Miéntras que Brown hacía depender las enfermedades de falta de estímulo y curaba con quina, vino, alcohol, etc., Rassori, creyendo que la causa era el exceso de estímulo, mandaba dieta, sangrías, purgas, etc., y su terrible método contra estimulante.

Al fin de tan absurdos y encontrados sistemas, algunos médicos observadores y de pensar profundo escudriñan con desalentado mirar el trabajo de 18 siglos y no encuentran más que ilusiones, errores, víctimas y desengaños. Durante dos mil años para curar las enfermedades se había pedido la intima causa de ellas á la Filosofía, á la Química, á la Física, á las suposiciones del talento y hasta á los caprichos de la imaginacion. Sólo faltaba dirigirse al cuerpo muerto, á los órganos mismos donde quedara impresa la huella destructora de la enfermedad.

Habían pasados los tiempos en que las leyes en unas partes prohibían abrir los cadáveres, y en otras la misma Inquisicion perseguía á los infractores. Se habían erigido en algunas partes anfiteatros públicos y existía la libertad para practicar las inspecciones cadavéricas. La época estaba conforme con la nueva

idea y hasta los mismos sistematistas se pusieron á la obra. Entre éstos, sobresalió Morgagni, ilustre anatómico italiano, de quien puede decirse fué el fundador de la Anatomía Patológica..

Pues esa ciencia que ha ilustrado tanto la Patología, que ha contribuido en alto grado á la perfeccion del Diagnóstico, que ha levantado á la Cirugía á una altura de adelanto y seguridad extraordinarios, y que, aliándose con el microscópio, ha revelado en estos últimos tiempos profundos misterios ocultos hasta entónces en los primordiales elementos de nuestros órganos, no ha dicho una palabra en cuanto á la causa íntima de las enfermedades, y ha permanecido muda y estéril para establecer en ella un método de curar con certidumbre. En vano se interroga á los órganos yertos bajo el dominio de la destruccion y de la muerte; ellos no presentarán jamás sino los resultados de una causa inaccesible, y la materia no podrá revelar jamás la esencia de la vida. Lo mismo equivaldría preguntar á las ruinas de un monumento devorado por las llamas el nombre del incendiario.. ¡Con razon los mismos corifeos modernos del orgauismo materialista, confiiesan desalentados en los presentes tiempos la pobreza de sus recursos terapéuticos. No podemos, dicen, imprimir un movimiento regresivo á los productos que engendró la enfermedad.

He anticipado los desengaños que ménos de un siglo despues vinieron á desvanecer las esperanzas de Morgagni y sus contemporáneos en aquellos tiempos de cansancio y desengaño para contrastar mejor el descubrimiento de la verdad homeopática precisamente cuando el conocimiento de la inutilidad de los sistemas y teorías de dos mil años, hace que los cultivadores de la ciencia dirijan sus investigaciones á otro rumbo que tampoco les dará faro ni puerto.

Entónces aparece la extraordinaria figura de nemann con aquella inteligencia vasta y clarísima

con aquella penetracion profunda y asombrosa erudicion que abraza dos mil años, con aquel talento admirable dirigido por una lógica pura y estricta, y su profundo juicio descansando en la honradez y en la sinceridad. Creo que el público leerá con interés algunos rasgos biográficos del hombre en cuya mano pusiera la Providencia la antorcha para iluminar el camino más tenebroso de la ciencia.

Samuel Cristiano Federico Hahnemann nació en Meissen, pequeña ciudad de Sajonia, el 10 de Abril de 1755. Su padre, Cristiano Godofredo, fué pintor en porcelana de las fábricas de Meissen. El niño Samuel se distinguió por su carácter dulce, juicioso, grave y estudioso.

A los doce años entró á la escuela provincial, donde mostró una inteligencia viva y una ardiente aplicacion. Terminados sus estudios elementales quiso su padre que abrazara una profesion industrial, pero su maestro lo disuadió, encargándose gratuitamente de la ulterior instruccion del jóven Samuel. Cuando concluyó sus estudios superiores, al elegir una profesion abrazó la medicina.

Partió en 1775 para Leipzic con 20 ducados, único y pequeño capital que pudo ofrecerle la ternura de su pobre padre. Samuel no vaciló en tan difícil posicion. Determinó traducir en aleman obras inglesas y francesas esperando de su penosa tarea los recursos para su carrera. Para compensar el tiempo que la traduccion robaba á sus estudios, resolvió velar cada dos noches prefiriendo con heroicidad, al descanso preciso y natural, el trabajo doblemente ímprobo para subsistir.

En 1778 el Gobernador de Transilvania le ofreció en Hermanstadt una plaza de médico privado y bibliotecario Aquí fue donde Hahnemann comenzó á adquirir su vasta erudicion y formar una reputacion,

pero la grandeza de su carácter se disgustó del ejercicio por medio de una simple autorizacion, y en 1779 se dirigió á Erlanguen, donde sostuvo públicamente su tésis para obtener el grado profesional. *Estudio etiológico y terapéutico de las enfermedades espasmódicas.*

En 1785 contrajo matrimonio con Enriqueta Kuchler, hija de un farmacéutico, fijando su residencia dos años despues en Dresde, donde encontró amigos poderosos, grandes medios de instruccion y escogida y numerosa clientela.

Desde 1786 hasta 1792 escribió numerosos opúsculos y tratados en diferentes anales y bibliotecas, sobre Medicina, Cirujía, Higiene y Química, á cuya ciencia fué muy dedicado enriqueciéndola con preciosos y útiles descubrimientos y adelantos. En aquella época Leipzic y Maguncia lo llamaron al seno de sus Academias y Sociedades Científicas.

Despues de una permanencia de cuatro años en Dresde, aparece de nuevo en Leipzic, donde se le esperaba un porvenir de inmensa reputacion por la merecida fama que le precedía.

En el espacio de doce años siempre había recurrido á la experiencia clínica para comprobar los resultados de sus estudios y de sus observaciones, considerando ese medio como el único verdadero para estimar el valor de los métodos terapéuticos; pero esto sólo produjo en su alma la conviccion de que los medicamentos aplicados segun las reglas dominantes, eran inútiles siempre en sus resultados, en algunos casos nocivos, y en todos inciertos.

Con amargo disgusto y desengañado como todos los grandes talentos médicos, resolvió abandonar la práctica de esa medicina que no satisfacía sus aspiraciones ni su conciencia; pero conservando siempre la fé de que los medicamentos poseían fuerzas reales

que si no se dirigen de una manera cierta y precisa pueden convertirse en instrumentos de daño y de muerte.

Con una singular energía de carácter renunció los honores, la estimacion y las comodidades con que le brindaba una posicion social dichosa y cimentada, prefiriendo volver á buscar la subsistencia precaria de su familia con el antiguo y penoso trabajo de traducir en aleman las obras más notables de otros países.

Pero allí era donde la Providencia le tenía reservado el galardon á la heróica lealtad de su conciencia, y de allí brotaría la fama imperecedera que cubriría el nombre del que prefirió volver á la oscuridad y á la pobreza ántes que obrar indignamente contra sus convicciones.

Traduciendo la «Materia Médica,» de Cullen, al tratar de la Quina llamó fuertemente su atencion el poco fundamento y la contradiccion que envolvía la explicacion que el autor daba del modo con que la quina curaba la fiebre intermitente. Cullen sostenía que la quina curaba la fiebre por su accion tónica sobre el estómago. Hahnemann pensó que si se juntan los amargos más fuertes con los tónicos más poderosos, se tendría un compuesto de mayor calidad que la quina á ese respecto, pero con el cual jamás se obtendría un efecto curativo igual al de la quina.

El parecer fantástico y erróneo de Cullen fortificó en Hahnemann la idea que entre la fiebre y la quina existía una relacion que no había entre aquella y otros vegetales llamados tónicos. Encontrar la naturaleza de esa relacion era la cuestion que debía resolverse, ¿pero cómo verificarlo? ¿cómo conocer la accion natural de un medicamento sin probarlo en el hombre sano? Es verdad que Haller y Stoerck en siglos anteriores habían intentado estudiar así la accion de los medicamentos, pero sus resultados habían sido infructuosos. Sin embargo, Hahnemann no

se desalentó, y resolvió tomar él mismo cuatro dracmas de buena corteza de quina dos veces al dia.

Despues de algunos dias experimentó los síntomas de un estado febril intermitente. Los paroxismos duraban dos ó tres horas y aparecían de nuevo cada vez que repetía la dósis.

Experiencias hechas en otras personas y repetidas en él mismo siempre dieron el mismo resultado. ¡No había ya duda! la consecuencia rigorosamente lógica de tales experimentos estaba patente: la quina cura la fiebre intermitente, porque la produce en el hombre sano. ¿Pero así sucedería con los demás medicamentos, ó sería un hecho individual y sólo peculiar á la quina? Hahnemann se dirige entónces á otras sustancias y experimenta la Belladona, la Digitalia, el Mercurio y por todas partes obtiene los mismos resultados y escucha la misma respuesta. Los medicamentos curan las enfermedades que producen. Los semejantes se curan con los semejantes.

La ley que ligara los fenómenos del medicamento con los fenómenos de la enfermedad, estaba descubierta; era el eslabon que venía á unir, al fin, las dos cadenas de la Patología y de la Terapéutica, separadas hacía tantos siglos.

Hahnemann nada había inventado, nada imaginado, él simplemente había encontrado la ley para curar, emanada de Dios y oscurecida despues por el orgullo del hombre.

Sin embargo, no fué sino despues de seis años de pacientes y repetidos experimentos sobre sí mismo, cuando publicó en el *Diario de Huffeland* dirigiéndose á la profesion, un ensayo titulado: "Nuevo principio para conocer el poder curativo de los medicamentos."

Durante ese tiempo había vuelto á asumir las tareas de la práctica médica, y confirmaba cada dia con notables curaciones la verdad de su firmísimo

principio. Pero aquí comenzaron las durísimas pruebas para el apóstol de la nueva verdad. La envidia de los médicos y la codicia de los boticarios hicieron causa comun, y no tardaron en hallar un motivo en apariencia fundado para perseguirlo. Hahnemann preparaba y dispensaba él mismo sus medicinas. La ley prohibía severamente ese proceder en los médicos, y Hahnemann sufrió las penas de la ley, la persecucion y el destierro, ántes que comprometer la verdad de su principio y exponer el crédito y la seguridad de sus medicinas, en manos de boticarios que ignoraban los procedimientos y minuciosidad de su preparacion y que además eran hostiles á la doctrina y al maestro. Hahnemann fué expulsado de Georgenthal, viviendo sucesivamente en Brunswick, en Königslutter, en Hamburgo, en Torgan, siendo en todas partes víctima del ódio y de la envidia, pero mereciendo en compensacion el aprecio y la consideracion de sus enfermos.

Despues de diez años de persecucion y sufrimientos, aparece por tercera vez en Leipzic, donde ejerce ampliamente la medicina segun sus nuevos principics.

Veinte años de minuciosos estudios, de reflexiones profundas y rigorosos experimentos le habían proporcionado un caudal de doctrina que ansiaba comunicar y distribuir á sus hermanos de profesion. Pero para que pudiera enseñar públicamente de una manera legal, era preciso que obtuviera el grado de Docente Privado sosteniendo una tésis en la Universidad. El trabajo que preparó fué intitulado: *El heleborismo de los antiguos*, y lo sostuvo en 12 de Junio de 1812, con tanto brillo, que llamó la atencion áun de sus contrarios y fué calificado con expresion de admiracion por el imparcial y digno decano de la Universidad. "Conozco, dijo, muy pocos médicos que posean tan grande instruccion y ciencia."

Desde entónces muchos médicos y jóvenes estudiantes escucharon asíduamente sus lecciones y se ofrecieron para acompañarlo en la experimentacion de los medicamentos en sus propias personas. Este fué el ejemplo de la primera sociedad experimentadora que despues siguieron en la misma Alemania, y en nuestros dias, en los Estados Unidos del Norte.

En 1805 pubiicó sus primeros experimentos de materia médica formando un conjunto de 26 medicamentos, bajo el nombre de «Fragmentos sobre las virtudes positivas de los medicamentos observados en el cuerpo humano en salud.»

En 1808 dió á la prensa el "Organon del arte de curar," y en 1811 vió la luz el primer volúmen de la "Materia Médica pura," de la que el 6° y último apareció hasta 1821 con un total de 60 medicamentos. ¡Obra preciosísima que fué el fruto del admirable trabajo de 16 años!

En el espacio de 24 años el "Organon" había tenido cinco ediciones y estaba traducido en todas las lenguas europeas. La «Materia Médica» y el «Tratado de Enfermedades Crónicas» en ménos tiempo tuvieron dos ediciones. ¿Por qué se agotaban los ejemplares y se leía con tal empeño las obras de un hombre á quien se calificaba de visionario y hasta de charlatan?......

Trabajos tan notables y hechos brillantísimos en la práctica volvieron á encender contra él las pasiones que no estaban extinguidas, pero no pudieron vencer ni la firme nobleza de su alma ni su paciencia. Semejante á Harvey el ilustre descubridor de la circulacion de la sangre á quien el Rey Cárlos I protegió de las violencias de los médicos de su época, así aceptó Hahnemann el asilo que le ofreció en Anhalt-Koethen el Duque Fernando, haciéndole su médico privado y confiriéndole el distinguido cargo de Hofrath ó Consejero Aulico en su palacio.

Viudo desde 1827, se casó con la Srita. Melania d'Hervilly que habia ido á Koethen para ser curada por él. Ella lo determinó á que abandonara despues aquella corte para establecerse en Paris. Tan pronto como se supo la resolucion de partir, los habitantes amenazaron con detener por la fuerza al anciano médico á quien ántes habían vejado tanto. Hahnemann, sin embargo, partió secretamente de noche, y el 25 de Junio de 1835 llegó á Paris, donde su doctrina era ya conocida. Allí ejerció tranquilamente la Homeopatía los últimos años de su penosa vida, obteniendo sincera estimacion, grande celebridad y altisimo renombre por las admirables curaciones que obtuvo.

En principios de 1843, su salud se debilitó notoriamente: un enfisema pulmonar minaba aquella fuerte constitucion. Su piedad y su fé le acompañaron hasta lo último, como lo revelan sus postreras palabras. Al volver de un acceso de asfixia, su esposa en medio de vehemente dolor exclamó: "Habeis aliviado tantos males, que la Providencia podría, á vos mejor que á otros, haceros gracia de tantos sufrimientos." "¿A mí, respondió él, con voz entrecortada, por qué á mi? En el mundo cada uno obra segun las facultades que recibió de lo alto; el más y el ménos sólo se pesa en el tribunal de los hombres, no en el de la Providencia. La Providencia no me debe nada; yo soy quien le debo todo." Pocos momentos despues, en el curso del dia 5 de Junio, dejaba de existir el ilustre y venerable anciano despues de 50 años de provechosos trabajos, legando á la medicina la ciencia de curar, y el consuelo á la humanidad.

Ocho años más tarde, en 1850, la ciudad de Leipzic mandaba levantar una magnífica estátua de bronce á su memoria.

Hahnemann había dejado una doctrina fundada

en un principio sólido y verdadero que la experiencia únicamente había revelado y confirmado. Hasta su época y por espacio de dos mil años, el arte de curar no descansó más que en hipótesis caprichosas y arbitrarias, con resultados desastrosos. Hahnemann al contrario, reconoció que la "experiencia, como dice Hershell, es la fuente de todos los conocimientos de la naturaleza, y el único fundamento de toda investigacion física," y se dirigió á ella. Experimentó los medicamentos en el hombre sano, y á la luz de la experiencia conoció sus multiplicados efectos, y la facultad, que nadie había averiguado ántes, de producir enfermedades medicinales. Los aplicó despues clínicamente segun el principio de similaridad, y la experiencia por segunda vez le mostró sus maravillosas virtudes y la perfecta relacion entre la enfermedad medicinal y la enfermedad natural.

El no apeló á la hipótesis ni á la teoría, sino á los hechos naturales y á la deduccion estrictamente lógica de ellos.

Su trabajo no fué el fruto de la ligereza ni de la fantasía; con laboriosa paciencia y aquella observacion constante de su penetrante ingenio, trascurrieron ¡seis años! ántes que publicara sus primeras conclusiones, y diez, ántes que comunicara los principios de su método completo á sus compañeros de profesion.

En una carta dirigida á Huffeland, el sabio médico de la época, le decía: "Pesad mis razones, experimentad mis hechos y cuando hubiereis confirmado sus resultados no me elogieis á mí, dadle la gloria Dios."

Dirigiéndose á los médicos les decía: "No me creais á mí; repetid mis experimentos á mi manera, y cuando hayais obtenido los resultados, entónces os convencereis. ¡Os conjuro en nombre de la verdad,

y de los intereses de la humanidad para que experimenteis mi método con sinceridad y sin preocupacion."

Curar los semejantes con los semejantes fué una verdad entrevista por Hipócrates dos mil años atrás. En el *lib. II., sect. 5 de las epidemias*, dice: "Se curan los vómitos dando á beber agua caliente que despues se hace evacuar por los vómitos." Al fin de la seccion 5.ª se lee: "Dése un vaso de vino puro contra los males de cabeza causados por la embriaguez." En el *lib. VI de sus aforismos, en el 67* dice: "Aquellos cuyas deposiciones depositan abundantemente durante el reposo, como raspaduras, tienen enfermedad grave. Estos enfermos necesitan ser purgados.

Durante la Edad Media se conservó una idea vaga y confusa de los semejantes. La doctrina llamada de las *Signaturas* consistía en aplicar aquellas partes de las plantas que por su forma ó color se asemejaban á las partes del cuerpo enfermas; como cuando aplicaban para las enfermedades del hígado el amargo y amarillo jugo de la Celidonia, por su semejanza con la bílis, y finalmente el uso de las preparaciones de órganos de animales para curar las enfermedades de los mismos órganos en el hombre.

En el siglo XVIII, Stoerk y Sthall anunciaron de una manera vaga la curacion ocasional con medicamentos que causaban un desórden semejante en el enfermo. Sthall decía que el ácido sulfúrico era para la acidez del estómago superior á todos los alcalinos y absorbentes.

Pero ninguno se acercó tanto á la verdad como el grande y profundo Haller. En su *Farmacopea Elvética* dice: "Se debe intentar el ingerir en el cuerpo sano dósis pequeñas del medicamento sin mezcla alguna; observar las afecciones que desarrolle, y despues de los fenómenos en el cuerpo sano, pásese á los experimentos en el cuerpo enfermo."

Nadie se aprovechó despues de estos avisos que la huella del tiempo había borrado. Dios en su alta Providencia había reservado al superior talento y admirable constancia de Hahnemann, la gloria de reducir á rigorosa fórmula el bienhechor principio: Similia similibus curantur.

Así quedó la ciencia de la Terapéutica en armonía con las demás ciencias naturales; porque exceptuando las de clasificacion como la Zoología, la Botánica, la Geología, todas las demás consisten elementalmente en dos séries de fenómenos distintos enlazados por una fórmula de relacion general. Y así tenemos en Física, por ejemplo:

| | | |
|---|---|---|
| Fenómenos del Sol respecto á volúmen y densidad. | Ley de atraccion. Los cuerpos se atraen én razon directa de la masa, é inversa del cuadrado de la distancia. | Fenóménos de la Tierra respecto á volúmen y densidad. |

En Química:

| | | |
|---|---|---|
| Propiedades de los álcalis. | Ley de afinidad. química y de las proporciones definidas. | Propiedades de los ácidos. |

El admirable descubrimiento de Hahnemann vino finalmente á colocar á la Terapéutica en el rango de las demás ciencias naturales y quedó formulada:

| | | |
|---|---|---|
| Fenómenos del medicamento | Ley Terapéutica. Los semejantes se curan con los semejantes. | Fenómenos de la enfermedad. |

Vamos ahora á ver cómo el llamado principio de la Escuela antigua "Los contrarios se curan con los contrarios" es una fórmula absurda, contraria á la naturaleza y que en 20 siglos nunca ha tenido las pruebas de la experiencia ni de la sana observacion.

Inventado por Hipócrates no para supeditar á él la observacion y las enseñanzas de la naturaleza, ni como una verdad que la observacion y la experiencia hubieran demostrado, sino como punto de partida para poder explicar algunos resultados y apoyo de ciertas investigaciones; y ya se ha visto cuantas veces se apartó de él sin concederle el carácter de principio absoluto y verdadero.

Galeno hizo de él despues el fundamento de su sistema y obrando en consonancia, ya se sabe con qué arbitrariedad inventó tambien lo caliente y lo frío para curar el primero con el segundo y viceversa. Sus desgraciadas teorías que reinaron 14 siglos, y que aún no acaban, hicieron que el llamado principio pasara por mil generaciones médicas sin que nadie revisara los títulos y los derechos que tuviera á la verdad, y así sirvió de apoyo á las más extravagantes fantasías.

Si se hubiera seguido la senda de observacion y de experiencia libre, marcada por el Padre de la Medicina, no habría tardado tanto en descubrirse la verdad, pero sugetaron la naturaleza y la observacion á los sistemas y cayeron en grandísimos errores.

La indicacion de los "*contrarios*" dice Sprengel, *Hist. de la Med.*, "estaba léjos de ser la regla curativa hipocrática tan general como se ha querido sostener. Siempre quedaba subordinada á la regla principal: seguid á la naturaleza."

El sistema de los "*contrarios*" se aparta de la naturaleza, porque cuando ésta produce una enfermedad para curar otra, en los casos que acontece,

nunca es una enfermedad heterogénea, sino semejante; como cuando la viruela ha curado antiguas enfermedades de la piel; como cuando ha desaparecido un padecimiento crónico de una coyuntura al desarrollarse un reumatismo articular agudo, ó como cuando la bronquítis de un sarampion ha curado la tos sofocativa.

Tampoco tiene la confirmacion de la experiencia, porque en los casos en que se aplica un contrario, el resultado es opuesto al que se esperaba; como el vino para curar la debilidad, que de pronto entona á expensas de las propias fuerzas, pero cuando cesa su accion, la debilidad es mayor; como los purgantes para el estreñimiento del vientre y de los cuales dice Trousseau, clínico y terapeutista de la Escuela antigua "á fuerza de aplicar purgantes contra el estreñimiento llega á hacerse éste invencible."

Los contrarios se fundan en una teoría arbitraria y no en la naturaleza y la experiencia. La conocida teoría de los cuatro elementos y humores le sirvieron de cuna. Pero además de ser absurdo no existe, porque ¿cuál es el contrario del reumatísmo, de la inflamacion, de la locura? ¿El cáustico que se manda para una pulmonía y para una inflamacion del hígado, es á la vez el mismo contrario para dos enfermedades tan diferentes?.... ¿Diez ó veinte granos de creta ó de bismuto que se mandan como absorbentes en un caso de diarrea, puede creerse con seriedad que absorban el producto que millones de glándulas intestinales excitadas por la inflamacion derraman en el intestino sin cesar?

Los principios verdaderos en las ciencias son inmutables y firmes para servir de punto de partída y fundamento á las investigaciones. La indicacion de los semejantes tiene esas circunstancias como lo de-

muestra su invariabilidad y sus fecundos resultados en 90 años. En oposicion, el llamado principio de los *contrarios* cambia y se sujeta á las nuevas hipótesis y teorías.

La Anatomía patólogica no reveló á la Escuela antigua la íntima causa de las enfermedades como esperó; pero le manifestó los fenómenos íntimos de lo que se llama inflamacion; y como el número de las enfermedades inflamatorias agudas y crónicas es tan grande que casi abraza dos terceras partes de la Patología, se creyó que averiguando la causa íntima del fenómeno inflamacion, se curarían casi todas las enfermedades. Entónces empezaron á sucederse las teorías de la inflamacion y el principio de los *contrarios* á cambiar con cada una de ellas.

Se creyó que la mayor afluencia de sangre á la parte inflamada era la causa de la inflamacion, y el *contrario* fué entónces la mortífera lanceta de Broussais.

Observóse que la fibrina de la sangre aumentaba en las inflamaciones y que el mercurio era disolvente de la fibrina, y el *contrario* fué entónces el mercurio.

Pero enfrente de las enfermedades crónicas cuando no se debía sacarle al enfermo su empobrecida sangre ó destruírsela más con sostenídas dósis de mercurio, se aconsejaba y se aconseja aún, como haciendo gala de una riqueza terapéutica, los amargos, los tónicos, los alcalinos, los sulfurosos, los fundentes, etc., etc., ¿pero cuáles son las indicaciones precisas de su aplicacion, cuál es su límite? ó ¿cómo se concibe que todas esas sustancias puedan ser á la vez el *contrario* para una misma enfermedad?....

Yo apelo á la sinceridad de los médicos y á los recuerdos de su práctica. ¿Cuándo lograron curar una enfermedad verdaderamente crónica? y no hablo de aquellas grandes enfermedades crónicas como la tísis,

el cáncer, etc., que se reputan unánimemente incurables en la antigua Escuela, sino de las inveteradas dispepsias, bronquitis, enfermedades de la cintura y nerviosas con otras muchas que afligen diariamente á tantos séres humanos que, sujetándose á todos los sistemas, siguiendo todas las opiniones y tomando todos los medicamentos, su estado igual ó cada vez peor es un grito de reproche permanente contra la Escuela secular. Y si descendemos despues á aquellos padecimientos oscuros en sus referencias y raros en sus manifestaciones, que no tienen nombre entre las enfermadades, ó en el cuadro nosológico, pero que hacen la amargura y la desgracia de los pacientes, veremos que despues de dos mil años no hay más método, ni certeza ni regla que la fantasía y la opinion de cada médico. Y miéntras uno, en determinado caso, cree tratarse de una inflamacion y aplicará con los revulsivos, hasta el fuego, otro creerá ser de anemia y dará grandes dósis de hierrro, y á un tercero le parecerá nervioso y aplicará todos los Bromuros juntos ó separados, sin que el enfermo obtenga jamás alivio y persuadiéndose que es incurable su mal se resuelva á vivir una vida de tristeza y sufrimientos

Estos lamentables resultados se originan de querer interpretar los síntomas sistemáticamente, ó despreciarlos sin darles su valor genuino. En tanto que la homeopatía, procediendo de una manera opuesta y estribando en los síntomas puros su medicacion, muchas veces cura maravillosamente esos infortunados casos. Pero se dice con suspicacia y falazmente que una medicacion sintomática no es científica; mas suponiendo que así fuera, si la curacion se sigue á ella, esa curacion es un hecho, es una verdad, y nada hay más científico que la verdad misma, puesto que las ciencias todas sólo se ocupan de conocer la verdad.

Basta levantar un poco el velo que cubre esa region tenebrosa, falsa é insegura de la antigua terapéutica para comprender con el sólo sentido comun la vacilacion, la pobreza y el peligro de sus recursos.

En homeopatía, al contrario, no hay más que un sólo semejante para una enfermedad individual, libre y sin sujecion á sistemas ni teorías, es siempre el mismo; no lo indican aquellas ó el capricho, sino la naturaleza misma, y en un mismo caso individualizado, cien homeópatas experimentados aconsejarían sin vacilar la misma medicina.

La Homeopatía enseña racionalmente y fundada en la experiencia, que no hay enfermedades locales.

Que las enfermedades son el resultado de los trastornos de la fuerza vital que domina todos los elementos orgánicos, que dirige todas las funciones, y lucha contra los principios de destruccion. Bichat, el célebre profesor de la Escuela antigua, dice en su *Anat. pág. 10:* «Los fenómenos morbíficos se reducen todos en último análisis á alteraciones diversas de las fuerzas vitales, y la accion de los remedios debe evidentemente reducirse tambien á conducirse las alteracioues de esas fuerzas al órden natural.»

Que como consecuencia de lo que antecede la causa íntima ó esencial de las enfermedades, es dinámica é inmaterial, y por tanto pertenece á las causas primitivas cuyo conocimiento está reservado sólo al Creador. Veinticinco siglos lleva la Escuela antigua de perseguir esa causa con sus pesquisas y suponerla con sus teorías, y ¿qué ha conseguido si no extraviarse y caer en la contradiccion y en el error?

Que para conocer las fuerzas ó virtudes de los medicamentos, es preciso observarlos y experimentarlos en el hombre sano, teniendo en cuenta todos los síntomas que desarrallan desde las esferas emociona-

les y de la inteligencia pasando por los síntomas subjetivos, hasta los objetivos; á diferencia de la Escuela antigua que sólo conoce de los medicamentos los efectos más groseros y aparentes, fundándose en esto solamente para denominarlos: purgantes á los que purgan, vomitivos á los que provocan vómito, y amargos á los que amargan.

Que las enfermedades se deben individualizar cuidadosamente observando sus síntomas afectivos, los de la inteligencia, los subjetivos y objetivos, teniendo en cuenta importante sus causas próximas ú ocasionales, porque cuando éstas son muy claras, bastan los consejos de una buena higiene en algunos casos para que el enfermo sea curado.

Que obtenida la imágen fiel de la enfermedad, no se necesita más que buscar el medicamento que tenga en su experimentacion los síntomas más semejantes de ella. Así evita el error de la Alopatía, que no teniendo en cuenta más que los síntomas objetivos ó locales, cura la Pulmonía, por ejemplo, con Tártaro, y éste aplica indistintamente en todos los casos, pareciendo curar así más bien el nombre de la enfermedad que los individuos.

Que los síntomas valorizados como se ha dicho y libres de sujecion á ninguna teoría preconcebida, bastan siempre para conocer y curar las enfermedades. En efecto, la enfermedad no se compone más que de síntomas; síntomas acusa el enfermo; de síntomas hablan los que le rodean, y síntomas son los que observa el médico. Ellos son, pues, el medio natural y único que Dios ha dejado al hombre para poder curar. Los síntomas son, como decía enérgicamente Broussais, «Los gritos de dolor de la naturaleza.» Por otra parte, destruir los síntomas es curar la enfermedad; porque cuando han desaparecido todos, ¿qué queda de la enfermedad?

He puntualizado tanto este proceder de la Es-

cuela Homeopática, porque la Escuela antigua sostiene falsamente que la homeopatía no consiste más que en una medicacion sintomática distante de ser científica, porque no ataca la causa de la enfermedad; pero ya se ha visto que las lesiones de los órganos son el resultado y no la causa de la enfermedad, y que el conocimiento de la causa de las enfermedades está reservado sólo á Dios. Al increpar así á nuestro método, olvida el defectuoso modo con que ella usa sus tratamientos sintomáticos; porque tambien ella los emplea siempre y en la multitud de casos en que el medicamento amoldado á la teoría reinante no ha dado resultado.

Suponiendo, pues, una dispepsia, en que el enfermo tiene agrios, dolor en el estómago y estreñimiento ¿cuál es el *contrario* de ese estado? No existe en verdad, y entónces para cada síntoma es un medicamento diverso: carbonato para el agrio, belladona para el dolor y purga lenta y sostenida para el estreñimiento. ¿Qué irán á hacer todos esos medicamentos, y cuál será el resultado que produzcan? No se sabe de antemano, porque se ignora el efecto de los medicamentos simples y mucho más combinados. Recuerdo á este propósito lo que refiere el *Diario Británico de Medicina:* un médico recetó unos polvos dentífricos con clorato de potasa y catecú, que hicieron explosion en la boca del enfermo en el momento de frotarse con ellos los dientes; y una mixtura de percloruro de fierro y glicerina hizo tambien explosion en la bolsa del enfermo que la cargaba.

No, la Homeopatía se sirve de los síntomas solamente para individualizar la enfermedad, para formar con ellos la unidad morbosa. Entónces busca otro conjunto de síntomas en un *solo medicamento* que se asameja á los que intenta curar y formar la unidad medicinal. No queda despues más que aplicar

la unidad medicinal á la unidad morbosa; la potencia medicinal á la potencia morbífica.

Ahora se comprenderá fácilmente la sabiduría, la sencillez y la seguridad de la Homeopatía, y cuánta vacilacion, inseguridad y peligro hay en curar por una teoría que otra reemplazará mañana; por una teoría que pretende encontrar la verdad, pero que no es la verdad misma, á curar siguiendo libremente y sin preocupacion los fundamentos y las indicaciones que sin tener que buscarlas en otra parte nos da la misma naturaleza. "El óbservador, dice el sabio Zimermann, no debe observar á la naturaleza más que por la naturaleza misma." A lo que puede añadirse la sentencia de Bacon: "Lo que la naturaleza haga, no se debe fingir, ni escogitar, sino encontrar."

Si se quieren todavía nuevos fundamentos para formar un juicio perfecto sobre el valor y la supremacía del método homeopático respecto de la inseguridad de los sistemas cambiantes de la Alopatía, la historia del cólera asiático nos los dará.

En Junio de 1831 aparecía en Rusia, amenazando á toda la Europa, el terrible azote. Caracterizado por una virulencia que despues en epidemias posteriores no ha desplegado, su forma fulminante anonadaba bruscamente la vida en dos horas. Los médicos resistieron emplear, y con razon, el sistema reinante de sangrías contra una enfermedad que tan manifiestamente atacaba el vigor vital. Volvieron entónces á suponer con el pasado Brown que era preciso entonar la fibra débil y emplearon sus tónicos y estimulantes con resultados desastrosos. Desalentados entónces los científicos secuaces de la Escuela secular resuelven emplear, á título de experimento, todos los medicamentos de los que esperaban obtener la curacion, sujetando, en algunos hospitales,

grupos de desgraciadas víctimas al incierto resultado de su remedios.

El número de los atacados crecía horrorosamente y el de los muertos en alarmante proporcion. El terror era general, y tomaba mayores proporciones ante la inseguridad y las vacilaciones de los medicos que á nadie se ocultaban y ante las francas confesiones de algunos de ellos que otros repitieron despues en todo el mundo: "No conocemos la enfermedad. Ella resiste á todos los esfuerzos de la ciencia."

En medio de esas circunstancias de desesperacion y de desórden, algunos jóvenes homeópatas consultan al anciano maestro que vívia en su refugio de Köethen. El no había visto aún el Chólera, pero ante el rigoroso relato de los síntomas que se le hizo, con asombrosa intuicion y con aquella penetracion admirable de su génio, recomendó los tres grandes medicamentos para el Chólera: Alcanfor, Heléboro blanco y Cobre. Con los tres admirables específicos comenzaron á verificarse multitud de extraordinarias curaciones y desde entónces ellos han sido las armas con que en diversas epidemias y en todo el mundo se ha combatido victoriosamente la terrible plaga, con asombro hasta de los imparciales de la contraria Escuela.

Los datos estadísticos vinieron despues á confirmar la supremacía y el triunfo de la moderna Escuela.

El honorable Alexis Eustaphieve, cónsul general de Rusia, da los resultados obtenidos por el tratamiento homeopático en varias partes del imperio. "De 1830 á 1831, dice, sobre 1270 enfermos tratados homeopáticamente se curaron 1162, y murieron 108, lo que equivale á una mortalidad de 11¾ por ciento. Miéntras que la mortalidad por los ensayos alopáticos fué de 50 y 60 por ciento."

El Almirante Mordinaw, entóncos Presidente del

Consejo Superior, dice en sus informes: "No ocurrió ni un solo caso de muerte cuando el tratamiento homeopático se estableció desde los primeros síntomas del Chólera, y se notó que los enfermos curados por la homeopatía en poco tiempo ganaban su antigua fuerza y salud, miéntras que los que escapaban por otros tratamientos quedaban débiles y frecuentemente esa debilidad terminaba en otra enfermedad fatal."

Cuandó el Chólera invadió á Viena, el Gobierno designó el hospital de las Hermanas de la Merced, en el arrabal de Gumpendorf, para recibir á los choléricos. El Dr. Fleishman, médico del hospital, convino en recibir á los enfermos, pero á condicion precisa de que los trataría homeopáticamente por ser éste el único método en que tenía entera confianza. Aunque la homeopatía estaba prohibida entónces en Viena, se aceptó la condicion nombrando el Gobierno dos médicos inspectores que informaran de la naturateza de los casos y los resultados del tratamiento. El número total fué de 732, de los que 488 se salvaron y murieron 244, ó lo que es lo mismo, un 33 por ciento. Los informes hicieron conocer que miéntras dos tercios de los casos tratados por Fleishman sanaban, dos tercios de los tratados en otros hospitales por la Alopatía, morían. Y téngase presente que en aquella época el Dr. Fleishman apénas empezaba á hacer su práctica homeopática.

Esta inmensa superioridad del método homeopático sobre los antiguos sistemas, determinó al Gobierno á remover los obstáculos y á revocar las órdenes que prohibían la libre práctica de la homeopatía en Austria.

Miéntras Viena dió entónces un ejemplo de elevada ilustracion y justicia, la conducta de Lóndres en la epidemia de 1854 era pérfida y odiosa. El Gobierno había establecido un Consejo Médico para recoger los relatos del tratamiento y mortalidad del

Chólera bajo cualquiera método é hiciera un informe despues al Parlamento. El Consejo Médico nombró inspector de los hospitales de Chólera al Dr. Mc. Loughlin, el cual, durante la epidemia, visitó diariamente el hospital homeopático de Lóndres.

Con los enfermos de los hospitales metropolitanos hicieron grupos numerosos que sujetaron al ensayo de multitud de sustancias, recogiendo al fin por resultado una mortalidad de 59 por ciento, miéntras que la mortalidad del hospital homeopático fué de un 16 por ciento.

Cuando el Consejo Médico dirigió su informe á la Cámara de los Comunes, cuidó bastante de no enviar los relatos del hospital homeopático que revelaban tan claramente la impotencia y peligros de lós erróneos ensayos de la Alopatía y á la vez inferian profunda herida en el amor propio que tan susceptible existe entre los cuerpos sabios.

Lord Ebury llamó la atencion de la Cámara sobre aquella omision del Consejo y á éste se le exigieron los relatos que maliciosamente habia ocultado.

El Consejo no pudo más que remitir los relatos en informe separado que tituló: "Relacion á peticion de la honorable Cámara de los Comunes sobre *copias de unas* cartas, y *copias de unos* informes que han sido *rechazados* por el Consejo Médico

Me abstengo de hacer la más pequeña reflexion, porque tan indigna conducta no necesita comentarios.

El decoro personal y la honradez acaso obligaron despues al Dr. Lougblin, inspector general, á dirigir una carta pública al Dr. Cammeron, Director del hospital homeopático, en que le decía: "Testigo sois de que me presenté en vuestro hospital muy predispuesto contra la homeopatía; que en vuestro campo teníais un enemigo más bien que un amigo. Que ví verdaderos casos de Chólera en todos sus períodos, y que ví muchos curados bajo vuestro tratamiento,

que no habría vacilado en decir que se hubieran perdido bajo otro cualquiera.

"Os repito lo que he dicho á todos, que aunque alópata por principio, por educacion y por práctica, si la Providencia me quisiera afligir con el Chólera privándome de la facultad de recetarme yo mismo, me arrojaría mejor en manos de un homeópata que de un recetador alópata."

Finalmente, de la Estadistica que el Conde de Bonneval ha formado del Chólera asiático en todos los países, resulta: que entre los enfermos tratados alopáticamente, 51 y medio por ciento murieron; miéntras que la hemeopatía no pierde más que el 8 y medio por ciento.

¡Qué mengua, qué baldon para lá Escuela tradicional, que despues de dos mil años de buscar inútilmente la causa de las enfermedades, al presentarse una que no estaba en la lista de su Nosología se encuentran sorprendidos sus secuaces, desarmados para la defensa y con el enemigo encima y extraviados en las tinieblas de sus falsas teorías, confesar que no conocen la enfermedad, que no hay medicamento que oponerle!

Lebert dice en la Enciclopedia de Zimssen: "Si la diarrea premonitoria del Chólera ha resistido á nuestros esfuerzos, ó si violentas deposiciones se establecen, ni el Opio, ni el Nitrato de plata, ni otra medicina alguna serán de ningun provecho."

"Se ha recomendado contra el Chólera, dice el sabio profesor Grisolle *t. I. pág.* 743, casi todos los medicamentos de la Materia Médica." Y en el *Comp. de med. pract. t. II, pág.* 273 hablando del Chólera: "La voz pública nos ha tachado de ignorantes porque no pudimos triunfar de la enfermedad que diezmaba la poblacion. ¿No sucede lo mismo siempre que una epidemia viene á herir numerosas poblaciones? ¿So-

mos acaso más hábiles para curar el Tifo, la Fiebre amarilla, la Escarlatina, el Sarampion, que para curar el Chólera? ¡No, seguramente!"

Miéntras que la jóven Escuela de Hahnemann, que apénas contaba entónces 20 años de existencia, combate victoriosamente la plaga con los inagotables recursos de su maravillosa terapéutica, devolviendo el consuelo á las familias, la serenidad á los ánimos y demostrando matemáticamente al mundo esta verdad: el chólera no es horroroso sino por la ignorancia de curarlo.

Por segunda vez la Divina Bondad, valiéndose del humilde cuanto ilustre anciano de Köethen, iluminaba la ciencia, y superando la Misericordia á la Justicia, colocaba el remedio al lado del terrible mal.

Si consideramos ahora la pulmonía, esa enfermedad que por su frecuencia en casi todo el mundo se ha prestado ventajosamente para la estadística, veremos que el tratamiento ortodoxo por la sangrías, el Calomel y el Tártaro en dósis fuertes daba una mortalidad de 30, 40 y 50 por ciento y este resultado se consideró como la fatalidad normal de la enfermedad. Cuando el tratamiento homeopático vino á demostrar una mortalidad de 3 por ciento, se miró ese resultado como un bellísimo triunfo de la moderna medicina. Pero entónces apareció el método de expectacion empleado por Dietl y otros que consiste en no hacer nada, y éste arrojó una mortalidad de 19 por ciento demostrando, de una manera clara y sin réplica, que una proporcion muy considerable del número de muertos era debida al tratamiento empleado. De manera que todavía hoy, despues de 2,500 años, un enfermo de pulmonía tiene más probabilidades de escapar de la muerte acostándose en su cama sin hacerse nada, que sujetándose á cualquiera de los tratamientos de la antigua medicina.

La escuela austriaca, queriendo conocer la marcha natural de las enfermedades abandonadas á sí mismas, puso en rigoroso vigor el llamado método expectante que consiste en no emplear ninguna medicina y limitarse solamente á observar. De semejantes experiencias resultó el precioso conocimiento que fuera de las enfermedades discrásicas, y crónicas, en todas, aun las más mortíferas, muere naturalmente un número fijo é invariable de los atacados, y salva otro tambien constante. Y así en el Chólera, abandonado á sí mismo, mueren 50 y salvan 50. En la pulmonía mueren 19 y escapan 81, y así sucesivamente en otras.

Este hecho es el que acredita de pronto y aparentemente todos los sistemas, áun los más absurdos; porque comunmente se cree que todo enfermo si no se cura se muere, y cuando entra en el número de los salvados es natural atribuirlo al tratamiento. Pero es preciso convencerse, la alopatía jamás cura sino cuando inconscientemente ó á sabiendas manda un medicamento que es homeopático por la enfermedad, ó cuando triunfa de ésta la fuerza medicatriz de la Naturaleza.

En cuanto al modo de emplear los medicamentos, la homeopatía no aplica más que un solo medicamento simple, es decir, sin mezcla de otro, en perfecto estado de pureza y preparado con minucioso esmero.

Todo medicamento aplicado al hombre, produce naturalmente dos órdenes de efectos: el efecto primario y el efecto secundario. El primero es debido á la accion físico-química del medicamento sobre los órganos. El segundo, parte del sistema nervioso, y es el resultado de la reaccion de la naturaleza contra el primero, y es opuesto en su accion.

La mano que se introduce en agua muy caliente se pone roja y caliente, pero despues que se retira palidece y se enfría demasiado; por el contrario

una mano sumergida en agua muy fria, baja de color y se enfría hasta ponerse insensible, pero despues de retirarla se pone rubicunda y caliente.

En los países cálidos se toma el alcohol para refrescarse con el enfriamiento que viene despues de la excitacion. Los que abusan de las bebidas alcohólicas son muy sensibles al frio y se les ve temblar en invierno.

Los efectos primarios y secundarios de los medicamentos son muy curiosos y notables por su oposicion. Así es que el arsénico da como efecto primario una inflamacion del estómago; como efecto secundario una parálisis espinal. El efecto primario del ópio es una excitacion; el efecto secundario un entorpecimiento. El efecto primario de los purgantes es la diarrea; el secundario es el estreñimiento. El efecto primario de la quina es antitípico; el secundario, un reumatismo ficticio ó la hipertrofia de las glándulas mesentéricas.

La antigua Escuela, ignorando estos efectos secundarios, sólo se atiene á algunos de los primarios que conoce, para la curacion de las enfermedades. Con tal objeto, aplica dósis enormes, porque los medicamentos no producen sus efectos primarios en pequeñas cantidades; así es que se ve necesariamente obligada á las fuertes cantidades, esperando un efecto tumultuoso que perturbe la enfermedad, ó administra dósis crecientes y sostenidas llegando hasta los primeros síntomas de envenenamiento que llama accidentes fisiológicos. Y así, administra el Fierro hasta la debilidad; la Quina hasta la sordera y la diarrea; la Estricnina hasta las primeras contracciones musculares, y el mercurio hasta la inflamacion de la boca y la salivacion.

¡Quién no ve el peligro y los irreparables males que se originan de semejantes tratamientos! porque

siendo los medicamentos potencias morbíficas, ó que enferma por sí mismos, no se pueden dar esas crecidas dósis sin inferir gravísimo daño á las funciones digestivas, y á la formacion de la sangre, elementos tan importantes para la integridad de las demás funciones y para conservar el vigor y la resistencia en el individuo enfermo. Y cuando despues de esas enormes dósis vienen á desarrollarse necesariamente los efectos secundarios, sus síntomas oscurecen entónces y complican la enfermedad. Si ésta no se cura, el enenfermo queda debilitado y sufriendo, además, los síntomas del medicamento y entónces se dice que la enfermedad ha pasado al estado crónico. Pero si la fuerza de la naturaleza ha logrado vencer los obstáculos del tratamiento y los ataques de la enfermedad, quedan los síntomas medicinales en la convalecencia, y se designan entónces como nueva enfermedad, complicacion, anemia, debilidad.

En confirmacion de estos hechos recuerdo el desconsuelo y la franqueza oon que el Dr. Hammond, sabio especialista americano de enfermedades nerviosas, cuenta en su notable obra la muerte casi súbita de uno de sus enfermos epilépticos que se encontraba como curado despues de algunos dias de tomar una onza diaria de Bromuro de potasio.

Colson, en el hospital de la Piedad en 1824, puso una lámina de cobre pulida en la sangre de un enfermo que había tomado mercurio hasta la salivacion, y la sacó con una capa blanquecina de mercurio.

Biett, con el uso del baño caliente prolongado, hizo trasudar el mercurio de las glándulas axilares de otro enfermo, y Gmelin y otros lo han recogido en estado metálico de la saliva de los enfermos mercurializados.

Por eso la benéfica Homeopatía emplea sus medicamentos en dósis pequeñísimas, puesto que obrando sus medicinas en sentido de la enfermedad, es decir,

que produce una imágeu de ella, la curacion se verifica por la fuerza de reaccion de la naturaleza contra el medicamento, esto es, por el efecto secundario que es opuesto al primario; y para despertar los efectos secundarios de la naturaleza bastan pequeñísimas cantidades de cualquiera medicina.

Y así para curar la diarrea manda un medicamento cuyo efecto primario es purgante para que reaccionando la naturaleza en sentido opuesto venga el estreñimiento y la salud.

Para el delirio maniaco con alucinaciones prescribe la Belladona, cuyo envenenamiento reproduce síntomas muy semejantes y al desarrollarse la reaccion de la naturaleza contra el primer efecto de la medicina viene el sueño, la calma y la salud del enfermo. Para obtener tan bellos resultados bastan dósis asombrosamente pequeñas; y este hecho lo confirma todos los dias la clínica en la observacion á la cabecera de los enfermos y en el terreno de una experiencia de 90 años que jamás ha sido desmentida.

La antigua Escuela teórica, no teniendo verdaderos *contrarios* para el conjunto de una enfermedad, muchas veces se limita á combatir el síntoma más dominante usando una medicacion paliativa que está muy distante de producir una verdadera curacion. No conociendo de los medicamentos más que el síntoma primario más comun ó notable, á éste confía la enfermedad y la salud del enfermo Pone aquel síntoma conocido en oposicion del que quiere combatir, y emplea una enorme dósis para anonadarlo; lo consigue por de pronto, pero como el medicamento es opuesto, cuando la naturaleza reacciona es en sentido del síntoma que vuelve á aparecer entónces más formidable. Y así, en una enfermedad con estreñimiento, combate este síntoma con las purgas, lo consigue al principio, pero despues en la reaccion el

estreñimiento es más y más tenaz hasta que no hay purga ni lavativa que baste para hacer evacuar al enfermo.

El insomnio lo combate con ópio; al pronto duerme el enfermo, pero el desvelo aumenta, y la dósis de ópio que hizo dormir una noche no bastará para dormir en otra. Es preciso entónces subir la cantidad, ó se dice que se ha establecido la *tolerancia*, que la naturaleza se ha acostumbrado al ópio, y entónces se escoge otra preparacion ú otro narcótico.

Un dolor intenso cesa ó se amortigua con una inyeccion de morfina, pero cuando concluye el efecto primario en la reaccion se despierta más intenso, y cuántos desgraciados hay que tienen que aumentar peligrosísimamente el número de inyecciones, viviendo una vida facticia llena de sinsabores y penas, conducidos tal vez hasta la muerte en la horrible pasion del morfinismo.

No pudiendo Hahnemann explicar satisfactoriamente de una manera física ó química la accion de los medicamentos administrados en dósis muy pequeñas, creyó que los efectos secundarios eran causados por una accion dinámica sobre el sistema nervioso y estas reflexiones lo condujeron á un nuevo descubrimiento: el de las atenuaciones ó diluciones que designó con el nombre de dinamizacion. Se persuadió que miéntras más separadas estuvieran las partículas de una pequeña dósis de medicamento, más fácilmente se pondrían por intermedio de la sangre, en contacto con el sistema nervioso, motor de todas las funciones y sitio de la fuerza orgánica ó vital.

Hahnemann recomendó el alcohol para dinamizar los líquidos. Aconsejó poner una gota de la tintura medicinal en 99 gotas ó 2 gramos de alcohol, y hacer la íntima incorporacion ó division mediante cierto número de fuertes sacudimientos.

Para las sustancias insolubles aconsejó mezclar un grano de ellas en 99 granos ó 5 gramos de azúcar de leche, triturando por partes en un mortero por espacio de una hora. Tomar despues otro grano de la mezcla é incorporarlo con otros 99 de azúcar, hasta la tercera trituracion, despues de la cual adquieren solubilidad todos los cuerpos, áun los metales mismos.

Este precioso descubrimiento da mayores ventajas á la homeopatía sobre la antigua terapéutica; porque miéntras ésta emplea sustancias insolubles como el fosfato de cal, el kermes, el bismuto, etc., que fatigan por su presencia los órganos digestivos, aquella no usa más que sustancias disueltas en altísimo grado que penetran nuestros tejidos sin lastimarlos.

Es digno de observarse, dice Verwey, que la teoría electro-química, que cada dia se desarrolla más, no sea extraña para justificar la idea de Hahnemann sobre la dinamizacion por la atenuacion y la trituracion. La teoría que nos representa los átomos de los cuerpos teniendo dos polos que se atraen ó se repelen; el desarrollo de electricidad y de calor por el frotamiento, la influencia de la electricidad en los fenómenos de la vida; los asombrosos y materiales resultados de la electridad no obstante ser invisible é imponderable, tal vez marcaron el rumbo á las adelantadas ideas de Hahnemann.

Pero hemos llegado á una série de notables fenómenos, las dósis elevadas ó infinitesimales como impropiamente se les llama, que aunque pertenecen á la Homeopatía, no son la Homeopatía misma. Esta consiste solamente en curar los semejantes con los semejantes; pero las dósis en que éstos se apliquen pueden variar. Hahnemann, al principio, no empleó más que dósis diminutas, pero palpables, de los medicamentos, y hoy dia muchos médicos homeópatas

no usan más que las diluciones bajas. Sin embargo, como las dósis de altísima dinamizacion han sido el punto más combatido por la ligereza, por la ignorancia ó por la malicia; como no se han economizado sátiras, ni burlas insípidas para hacerlas increíbles, esto ha impedido que el público haya formado juicio verdadero sobre ellas, y no sólo, sino que maliciosamente ha sido arrastrado por el desprecio de las dósis al desprecio de la homeopatía, lo cual es una triste y nociva confusion.

Nunca conviene sacrificar la reflexion y el propio juicio á las apreciaciones ajenas. La experiencia y la meditacion comparativa desentrañan siempre el error y la ligereza de algunas opiniones. Hay errores que á primera vista parecen lo más natural y verdadero.

Se cree generalmente que lo mucho produce mucho, y esta es una verdad en sentido restringido pero no absoluto. Con relacion á las acciones del hombre miserable condenado al trabajo, es inconcuso que necesite poner mucho para obtener bastante. Muchos años de trabajo y economía para ser rico. Muchos estudios y desvelos para ser sabio. Muchos desengaños y experiencia para ser prudente. Pero no sucede así, muy al contrario, en las acciones de la naturaleza; en ella lo poco produce mucho, y era de rigor, porque las acciones humanas son obra del hombre y los fenómenos de la naturaleza son obras de Dios. Vamos á ver cómo, reflexionando un poco, la Física, la Química y muchas ciencias naturales, nos revelan todos los dias y nos confirman las grandezas maravillosas de lo pequeño.

La Física enseña como uno de sus principios, que la materia es divisible hasta el infinito.... Así, pues, miéntras podamos calificar numéricamente cualquiera subdivision, aunque la cifra sea altísima é in-

conmensurable á nuestra simple imaginacion, no podremos negar racional y científicamente que hay materia, y materia activa, porque la Física para explicar algunos fenómenos, ha tenido que inventar los átomos, cuya pequeñez y sutileza escapan á la imaginacion, conviniendo en que ellos son el límite de division, pero que en ellos residen las fuerzas de la materia, y que cada átomo de una sustancia posee las mismas potencias y virtudes que la masa entera.

La extensibilidad del oro y de la plata permite hacer de estos metales láminas traslucidas é inmensurables sin que pierdan y sí aumenten sus propiedades.

Se sabe que un grano de oro puede dividirse en 746 millones de partes *visibles* y que Bander con un microscopio de 500 diámetros ha podido observar en este mismo grano 3,600 trillones de partes *visibles*.

El Espectretoscopio revela la 3 millonésima parte de un miligramo de cloruro de sodío que aparece con su raya amarilla cortando los colores del íris. El mismo instrumento demuestra un cinco billonésimo de miligramo! de Litio, cantidades que no puede acusar ningun reactivo químico.

La Química nos enseña que un simple rayo de luz basta para combinar el chloro con el hidrógeno, dos gases que en la oscuridad permanecen en un contacto inerte.

Una sustancia por su contacto ó simple presencia, y sin perder sus cualidades, hace que se combinen dos cuerpos. El platino muy dividido en presencia del alcohol, convierte á éste en vinagre.

Una pequeñísima cantidad de diástasis producto de la cebada germinada, convierte cuarenta mil partes de su peso de almidon en azúcar, sin perder nada de sus cualidades. Para explicar tan maravillosos fenómenos se ha inventado una fuerza llamada Catalytica y al fenómeno se le ha llamado Cathálisis.

El Dr. Roberts demostró en la Escuela Real de Minas de Lóndres que una partecilla infinitesimal de antimonio, hace que una libra de plomo se oxide en el aire rapidísimamente.

El níquel no podía ser trabajado hasta que el Dr. Fleitman descubrió que un milésimo de magnesio bastaba para hacerlo dúctil y maleable.

El oro, segun Nyst, con una millonésima y quinienta milava parte de silicio se hace tan blando como la cera.

Un químico aleman ha llegado á demostrar con el aparato de Marsh la presencia del arsénico en la 30ª dilucion homeopática, es decir, un decillon de grano.

Si buscamos en la Botánica encontraremos las preciosas observaciones de Darwin en la yerba del rocio "Drosera rotundifolia." En su obra sobre las plantas insectívoras dice el sabio observador: "Al estudiar la accion digestiva de las glándulas de la Drosera, asombra el hecho de que una cantidad de una veinte millonésima parte de un grano de fosfato de amoniaco produzca tales cambios en una glándula, que determinen la inflexion de los tentáculos y hasta en el tallo de las hojas."

La anatomía describe los elementos orgánicos como extraordinariamente pequeños. Las fibrillas que forman las fibras del tejido conectivo tienen un 8 diez milésimo de milímetro.

Los glóbulos rojos de la sangre tienen 77 diez milésimos de milímetro.

El orificio de los más pequeños capilares del cuerpo es un millon 210 veces más pequeño que la abertura de un tubo capilar de un décimo de pulgada de diámetro.

En Fisiología vemos que en una pulgada cuadrada de epidérmis hay 700,645 celdillas epidermoides. Que en los bronquios del hombre hay 150 millones

de pestañas vibrátiles. Que las celdillas de la grasa tienen 23 milésimos de milímetro de diámetro, y en una pulgada cúbica de grasa hay 65 millones de celdillas.

En Patología tenemos las experiencias del Dr. Harrison Blackley con motivo de la causa de la fiebre que en Inglaterra se llama fiebre de heno. Se origina en la época de la siega por el pólen de los campos. Pues la dósis de ese pólen que se necesita para producir los primeros síntomas, es una dosmillonésima parte de un grano.

Además, los miasmas, esas entidades que llevan un nombre como la electricidad y el magnetismo, con ser como esos fluidos, conocidos sino por sus efectos. ¿Cuál es el color, el tamaño, la figura y el peso de esos séres invisibles que diezman poblaciones enteras, sembrando á su paso la desolacion, el terror y la muerte?

¿De qué tamaño, cuál es el peso material de una palabra que al herir el honor ó lastimar el amor propio, produjo enfermedades materiales en los órganos determinando tal vez su destruccion y hasta la misma muerte?

Finalmente, el estudio de los microbios, en el que se emplean inútilmente para la Terapéutica tantos talentos, trabajos y tiempo, revela la poderosa influencia del infinito pequeño.

Pasteur, cultivando en caldo el microbio de la pústula maligna, dice: que cuando el desarrollo de los pequeños séres es completo, si se moja en aquel líquido la punta de una delgadísima aguja, basta meterla en un litro de caldo simple. para ver al cabo de 24 horas millones de séres idénticos reproducirse.

Los sabios que se dedican á la cultura de los microbios nos dicen que el *Aspergillus niger* en el momento en que está en pleno desarrollo en un líqui-

do, basta añadir una mil seiscientava parte de un miligramo de nitrato de plata, para que desaparezca hasta el último vestigio de vegetacion. Y esta vegetacion, añaden, es imposible obtenerla si se intenta en una vasija de plata. La química es impotente para revelar la cantidad de materia del vaso que se disuelve en el líquido de cultivo; pero lo demuestra ostensiblemente la planta al morir.

La fuerza vital es más sensible que las fuerzas físico-químicas, ha dicho un sabio, y en ese hecho se funda en Medicina Legal el procedimiento para demostrar la presencia de ciertos venenos que matan en pequeñísimas dósis. La atropina por ejemplo, se sabe que la millonésima parte de un grano basta para producir la dilatacion de la pupila en ciertos animales.

Pues en un envenenamiento con dósis pequeña que mezclada con los líquidos gastro intestinales no pueda revelarse por la Química, se hace beber á un animal esos mismos líquidos y el efecto sobre la pupila demostrará vitalmente lo que en vano se le pidió á las fuerzas materiales de la Química.

Todo esto demuestra experimentalmente y de una manera material, y palmaria la existencia en la naturaleza del infinito pequeño, y los maravillosos resultados de ese concurso de fuerzas pequeñas y poderosas ocultas bajo tan débil disfraz. "Las grandes funciones de la Naturaleza, dice Valentin, el sabio Fisiologista aleman, son el resultado de millones de elementos apénas perceptibles "

¿Quién podrá ahora, sin temor de ser tachado de inconsecuencia, de ignorancia ó de orgullosa pre prevencion, negar la presencia de la materia y su prodigiosa accion en las dósis homeopáticas? ¿A cuál de ellas corresponde la cantidad del vaso de plata que se disuelva en el líqúido de cultura para hacer imposible la vida del asperguillus?....

Si se cree á la Anatomia, que armada del microscopio nos demuestra la pequeñez de los elementos de nuestro cuerpo. Si se cree á la Fisiología revelándonos por el mismo medio las pequeñísimas funciones de esos elementos. Si se cree á la Patología que ayudada del poder del mismo instrumento penetra los íntimos y moleculares trastornos de nuestros órganos, ¿con qué derecho á la sana lógica y á la verdad, se desprecia á la Terapéutica que ayudada del mismo microscopio, nos demuestra tambien la pequeñez y la realidad de materia en las diluciones homeopáticas, y á esa fuerza vital que en rigorosa clínica demuestra el maravilloso poder de que están dotadas? Si existen una Anatomía, una Fisiología y una Patología con el infinito pequeño, existe tambien una Terapéutica con el infinito pequeño, que despues de lo expuesto es imposible negar sin incurrir en absurdo y en contradiccion.

Y cuando se reflexiona sobre la delicada pequeñez de nuestros elementos orgánicos, la sutileza de sus fuerzas y funciones y su profunda susceptibilidad morbosa, se siente repugnancia y se ve hasta irracional el intento de oponer á la esencia molecular y microscópica de una enfermedad, una dósis enorme de materia bruta.

¿No es inconsecuente y absurdo, respecto á los microbios, demostrar su pequeñez infinita, y cuando se pretende atacar á esos imperceptibles pero formidables enemigos, aplicar dósis crecidas como se hizo en la epidemia de fiebre tifoidea de 1884 en Paris, hasta el grado que uno de los mas distingidos médicos exclamó en plena Academia: "Queriendo matar los microbios, ¿no habeis ántes matado á los portadores de esos microbios?

Virchow, el sabio patologista aleman de la antigua Escuela, el autor de la patología celular ó microscópica, dice: "Un mínimum de un excitador enér-

gico puede producir efectos muy grandes y persistentes, puesto que el movimiento catalytico primitivo se propaga más y más. Este es uno de los hechos que hace comprender la posibilidad de la ciencia homeopática."

El descubrimiento de la Terapéutica molecular fué una de las grandes glorias del ilustre Hahnemann. Con su asombrosa intuicion y extraordinario talento se adelantó casi un siglo á su época, y los suyos, no pudiéndolo comprender, lo despreciaron. Apénas se comenzaba entónces á hacer aplicacion del microscópio á la anatomía, y sólo la fuerza vital, el más poderoso de los reactivos, apoyaba en el terreno de la experiencia las grandes concepciones de Hahnemann.

Pero ha llegado el tiempo en que la invariable constancia de los hechos, los adelantos de las ciencias y los asombrosos instrumentos de análisis, comprueben unánimemente las adelantadas doctrinas de Hahnemann; y estando fundadas como están en indestructible verdad, Dios sólo sabe, con el trascurso del tiempo, de cuánta perfeccion serán capaces y cuántos útiles y preciosos descubrimientos nacerán de ellas.

Al presente, insistir en negar hechos tan abundantemente comprobados, es obligar á exclamar á uno, con Humboldt: *Cosmos, t. I:* "Un orgulloso esceptisismo que rechaza los hechos sin profundizarlos es más pernicioso que la credulidad más ligera" porque como dice Eschenmayer: "No querer ni ver, ni ensayar, es el tétanos racionalista de nuestra época."

Pero no es esto todo, hay que considerar tambien las nuevas propiedades que adquiere la materia cuando se lleva á un alto grado de division. Santo Tomás, en su Teología natural, dice con todos los Físicos que la materia es divisible hasta el infinito: pero agrega con profunda sabiduría que dividida más allá de ciertos límites cambia de propiedades.

Hahnemann sostuvo con sus admirables diluciones y probó con la experiencia clínica que las sustancias medicinales brutas adquirían por la trituracion y por la dilucion propiedades curativas preciosas y enérgicas. Y así, el pedernal, que para nada emplea la antigua Escuela; el carbon, del cual no conociendo más que las propiedades químicas, solamente lo usa para observar las infectas emanaciones de ciertas llagas, esas sustancias inertes si se llevan por la trituracion á una alta division, adquieren el uno, preciosas fuerzas curativas en cierta clase de escrófula; y el otro, admirables efectos en los casos de agotamiento vital. Cuando se observa la piel descolorida, el semblante sin expresion y enflaquecido, la mirada apagada, las extremidades con un frio mortal, y el pulso miserable ó insensible, es asombroso ver despues de unas dósis de carbon, volver el color, levantarse el pulso, animarse la fisonomía y volver á la vida una criatura que estaba en el dintel de la agonía. Los enfermos y los deudos que siempre esperan la salud, no miden lo extraordinario de estos casos, pero no hay médico homeópata que en frente de tan maravillosos resultados no se sienta sobrecoger de un religioso asombro.

Hahnemann no tuvo otra prueba de sus aseveraciones que la que le suministró la fuerza vital; introducir en la naturaleza enferma cantidades infinitesimales de medicamento y curar enérgicamente y con seguridad era la respuesta y la confirmacion de sus concepciones.

Pero para espíritus que nunca se levantan sobre lo material, que no se persuaden por las fuerzas de la inteligencia, sino por el engañoso testimonio de los sentidos, la fuerza vital es un velo para encubrir la ignorancia; y como no pueden palparla, la desprecian; mas no pudiendo negar la evidencia de sus resultados, olvidan con arrogancia que la naturaleza siem-

pre se nos da á conocer en sus efectos, pero nunca en sus causas.

Bastaría, para comprender el cambio de propiedades de la materia dividida en altos límites, recordar algunas nociones generales de Física. En la página 1ª del "Tratado de Ganot" que ha servido muchísimos años de texto para algunas generaciones médicas, se lee: "que los cuerpos están compuestos de elementos infinitamente pequeños que no pueden dividirse físicamente: que estos elementos están sobrepuestos, sin tocarse y mantenidos á distancias por dos fuerzas, de atraccion y repulsion, que se llaman fuerzas moleculares; que la fuerza de *repulsion* es debida al *calor* y la de atraccion sólo se admite como hecho porque no se conoce la causa: que esos elementos de los cuerpos se llaman átomos: que en cada uno de ellos residen las fuerzas y propiedades que en toda la masa: que esos átomos reunidos forman las moléculas, y el conjunto de éstas el cuerpo: que nada se sabe sobre la forma ni volúmen de los átomos y moléculas, ni sobre la distancia que las separa, ni de las leyes de las fuerzas que los rigen. Tampoco se conoce su número bajo determinado volúmen. Sólo se sabe que sobrepuja extremedamente todo lo que se atreviera uno á admitir á priori:" y como confirmacion de esto, dice en una nota: «A. Dupré, en sus importantes investigaciones sobre la desagregacion total y las fuerzas de reunion, ha llegado á este resultado: que en un cubo de agua de un milésimo de milímetro de lado entran más de 225,000 millones de moléculas»....

Pues bien, todo lo que tienda á separar esos átomos de sus distancias, producirá mayor libertad en el juego de sus fuerzas, y hará más intensos sus resultados. Y como cada átomo tiene las mismas fuerzas y propiedades de la masa entera, no hay cálculo

que valorice ni imaginacion que se figure el asombroso desarrollo de las fuerzas y resultados de un grupo de átomos separados. Como si diez hombres intentan tirar esgrima en un sitio de tres varas cuadradas; imposible les será ni un solo movimiento en tal sentido, pero en 50 varas podrán atacarse y defenderse en ciertas guardias, y en cuatrocientas podrán desplegar toda su fuerza y habilidad en el asalto.

Una cantidad pequeña de agua, inerte en ese estado, si el calor viene á separar extraordinariamente sus moléculas reduciéndola á vapor, se convertirá en un conjunto de fuerzas formidables de cuyos asombrosos resultados todos los dias nos dan patente testimonio las locomotoras de los caminos de fierro y de la industria.

En Homeopatía todas las sustancias medicinales se someten para su alta division al movimiento prolongado de la sucusion y la trituracion, y siendo un hecho que el frotamiento desarrolla calor, que el calor en diversos estados produce luz, electricidad ó magnetismo, y que la fuerza que separa los átomos es el calor tambien, resulta en consecuencia que las sustancias medicinales homeopáticas sufren una division profunda, molecular, que desarrolla en ellas propiedades de que carecían en el estado bruto. Cuando en completa oscuridad se practica la trituracion de una sustancia, se observa una luz azulada que aparece y desaparece en los distintos giros que se imprime al pilon del mortero. Nadie podrá detallar los cambios que ese desarrollo eléctrico producirá en el estado atómico del medicamento; pero nadie tampoco se atreverá á negar su influencia.

Pero como si no fueran bastante las pruebas que anteceden para probar suficientemente esa importante propiedad de la materia, Dios quiso que un nuevo y notable experimento físico que de pronto algunos sa-

bios creyeron que era un fenómeno extraordinario, probára de una manera física y perentoria la verdad de que me ocupo. Me refiero á lo que se llamó: "Materia radiante" y cuyo fenómeno consiste en lo siguiente:

El hidrógeno es el gas ménos denso, el más sutil que se conoce; el ácido carbónico es, por el contrario, el más pesado y tiene la propiedad de apagar la combustion de los cuerpos.

Si en un recipiente esférico, de cristal, provisto de una llave y lleno de hidrógeno, se introduce un volúmen de ácido carbónico ó de cualquiera otro gas, la mezcla se hará rápidamente. Entónces se hace pasar un volúmen de esa mezcla en otro recipiente que contenga tambien hidrógeno, y repitiendo esta operacion en otros recipientes, se observa que despues de algunas mezclas el gas se pone luminoso, un vivo movimiento se percibe en su masa, y adquiere propiedades de repulsion y atraccion sobre los cuerpos. El ácido carbónico, pues, en la division y subdivision de sus moléculas ha adquirido propiedades que en el estado bruto no tenía.

Este experimento no es, en rigor, más que la manera de dinamizar en Homeopatía. Hahnemann aconsejó dinamizar los medicamentos líquidos, en un líquido: en el alcohol, y los medicamentos sólidos en un sólido, la azúcar de leche. Los gases, pues, podrán ser dinamizados en otro gas, por ejemplo, el hidrógeno.

Despues de todos estos hechos y consideraciones que anteceden, y en el estado actual de la ciencia, nadie podrá negar sin incurrir en absurda y grosera contradiccion ó en ignorancia ó maliciosa prevencion, la presencia de la materia y su extraordinaria accion en las diluciones infinitesimales. Decir que las diluciones homeopáticas son *agua*, es un absurdo físico; y sostener que *nada hacen*, es un disparate de lesa naturaleza.

"La ceguedad, la indiferencia y la injusticia, dice el profesor Hoppe, han rivalizado en esfuerzos para minar la Homeopatía." Pero nada han podido hacer para detener su asombroso progreso. Si hubiera sido sólo una teoría, hace mucho tiempo que habría desaparecido juntamente con tantas de la Escuela antigua. Pero la Homeopatía no ha inventado nada; ella no ha hecho más que revelar una ley de la naturaleza, y constituirse sobre ella como una ciencia práctica y apoyada en la sana observacion y la experiencia.

Hace 50 años apénas era practicada por el ilustre maestro y un reducido grupo de médicos discípulos. Hoy tiene representantes dignos, llenos de actividad y abnegacion, en todas partes del mnndo. En todas las capitales cuenta con academias y sociedades que trabajan en su adelanto y desarrollo; periódicos en todos los idiomas que propagan los adelantos y nuevas conquistas de su doctrina, poniendo en comunicacion los esfuerzos de los que la profesan; hospitales en donde se prueba á plena luz y con irrefragables hechos, la supremacía la seguridad y la sabiduría de la verdadera ciencia de curar; y finalmente, millares de prosélitos en todas las clases de la sociedad, que son vivos testimonios de sus beneficios y de su verdad.

Voy á pormenorizar ahora algunos de los hechos que anteceden, y comenzando por la altura á que se encuentra la práctica homeopática en algunos países, me referiré al tomo 31 de la "Revista homeopática mensual," de Lóndres, correspondiente al año de 1886.

En los Estados Unidos, donde la Homeopatía se practica libremente y con el apoyo de un ilustrado Gobierno, es el país que cuenta mayor número de médicos homeópatas, ascienden éstos á 6,000. Hay 23 hospitales generales, 31 hospitales especiales, 49 dispensarios, 15 colegios y 4 escuelas especiales, 19 periódicos y 102 sociedades.

En Alemania hay 304 médicos con 14 hospitales y 4 periódicos.

En Austria 208 médicos con 8 hospitales, 2 sociedades y 6 periódicos.

En Francia 350 médicos, 3 hospitales en Paris, 8 dispensarios, 2 periódicos y 2 grandes sociedades.

En Inglaterra hay sobre 300 médicos, 8 hospitales, muchos dispensarios, varias sociedades generales y 4 periódicos sólo en Lóndres.

No está aquí incluida la práctica homeopática representada por médicos, hospitales, sociedades y periódicos en otros países de Europa como España, Italia, Bélgica, Holanda, Dinamarca y Rusia. La suma de todas esas cantidades daría un contingente respetable de hombres y de instituciones.

A la Homeopatía se debe la abolicion casi absoluta de la mortífera lanceta, la simplicidad y relativa unidad de las recetas de la Escuela antigua, la moderacion en las dósis y el uso de algunos de sus valiosos remedios que han introducido los mismos detractores para aparecer como sabios inventores ó para descansar en algo que no sea el error y la vacilacion.

Y esa influencia de la Homeopatía, lenta pero constante, se sostiene enérgicamente en medio de la tenaz persecucion de la Escuela que se llama á sí misma racional y que viene sosteniendo el ódio y la dureza de sus antepasados: y así como los médicos contemporáneos de Hahnemann, sin oirlo ni experimentar su doctrina, lo arrojaron del seno de su sociedad, en nuestros dias tambien otros repiten los mismos atentados de violencia.

La Sociedad Anatómica de Paris, en su sesion de 4 de Enero de 1656, excluyó unánimemente de su seno á los Doctores Tessier, Gabalda, Fredault y Jousset, como autores de publicaciones homeopáticas.

En Lóndres se exige á los jóvenes médicos un

compromiso de honor para no entrar nunca en consulta con ningun médico homeópata; y cuando el ministro Dysraeli estuvo gravemente enfermo y que la reina mandó un médico homeópata para que conferenciara con los médicos de cabecera, uno rehusó abiertamente la consulta, y el otro, que por consideraciones y respeto la aceptó, fué expulsado del Real Colegio de médicos sin atencion y sin disculpa.

En nuestra Escuela de Medicina tambien el año de 1860 fué destituido del cargo de Prosector de la Cátedra de Anatomía, que había ganado por oposicion, el Dr. Rafael Degollado, por sus convicciones homeopáticas.

Sin embargo, como un testimonio de alabanza y de justicia, voy á referir un hecho único y extraordinario en el mundo. En 1882, el Dr. Adrian Segura, médico alópata, con un valor y lealtad que honran su memoria, leyó en la Academia de Medicina de Mexico un trabajo en que decía: que habia presenciado casos de pulmonía desahuciados por los alópatas, curados ventajosamente por la Homeopatía; que siendo el Fósforo el medicamento empleado por los médicos homeópatas llevaba algunos años de observar sus efectos con los mejores resultados; que dificultades farmacéuticas de preparacion, respecto al Fósforo, le habian obligado á fijarse en el *Fosfuro de Zinac*, y concluía con las dósis y una explicacion teórica sobre el modo de obrar del Fósforo en la pulmonía.

El ilustre y respetable Cuerpo, superior á los odios de todas las sociedades y de todos los tiempos, sin alusion alguna, y en vez de separar de su seno al digno compañero, publica las observaciones en su periódico y muchos experimentan la práctica del Sr. Segura.

Conducta de tan elevada nobleza, me recuerda tambien un rasgo que dibuja el decoro y buen sentir

de los médicos mexicanos. Algunos compañeros mios alópatas, que conocen mis convicciones, no han desdeñado concurrir conmigo en junta, y me han dejado en libertad para aplicar los medicamentos de la moderna Terapéutica.

El desprecio y el odio jamás podrán empañar el brillo de la verdad homeopática ni oscurecer ni destruir ese hecho que todos miran con asombro: una doctrina que á pesar de ciega oposicion, despues de 90 años, permanece invariable en su naturaleza y poseedora de la verdad de un principio, camina á la perfeccion con seguridad y certidumbre, acreditando con hechos extraordinarios y constantes su valía. De aquí nace el deseo estéril de realizar en el contrario campo, esos notables hechos; y por eso no faltan de cuando en cuando algunos campeones que salen armados de los arsenales de la homeopatía, pero sin enseñar la marca de sus armas. En las obras científicas, en los periódicos, en las Academias, en todas partes se recomiendan medicinas de la Moderna Escuela para sus propios casos, pero callando envidiosamente su orígen, y esto es tan repetido y frecuente que sería imposible enumerarlo.

Concretándome á algo de mi propio país, cuando en 1879 el Dr. Liceaga tuvo el grande pensamiento de invitar á todos los médicos para formar el estudio del tifo en toda la República, entre las Memorias que se presentaron, hubo una cuyo autor recomendaba el Rhus tóxicodendron (Zumaque venenoso) para la curacion del tifo: planta, segun decía, que había caido en desuso y con la cual habia hecho sus observaciones....

El Rhus tóxicodendron, pues, fué uno de los 60 medicamentos cuyos síntomas experimentó Hahnemann mismo ayudado de 8 médicos discípulos; y en la introduccion á su estudio dice en la Materia médica pura

que con el Rhus y la Bryonía en sus respectivas indicaciones había curado todos los casos de la terrible epidemia de tifo que había asolado la Alemania el año de 1813! y en una nota agrega que en Leipzick había curado con Rhus solo, 183 casos sin perder uno solo, cuyo resultado comparado con los de la antigua práctica había llamado la atencion en Rusia.

Desde esa época, en todas las obras de Materia médica y en todos los tratados de Medicina doméstica figura el Rhus al lado del Arsénico, de la Bryonía y otros medicamentos entre los recomendados para el tifo.

Ignorando la Academia, la histtoria que antecede, uno de sus miembros, en la discusion del dictámen, pidió alguna recompensa para el autor, fundándose entre otras cosas en que había presentado un medicamento nuevo, y la recompensa fué otorgada.

Más recientemente se ha llamado la atencion pública recomendando el arsénico para la profiláxia, ó manera de precaverse del tifo. Pues el Dr. Espanet en su obra "La práctica de la Homeopatía simplificada" en su seccion de Profiláxia dice: En las enfermedades epidémicas se aplica de ordinario y con éxito en los sugetos todavía no atacados, un tratamiento preservativo que consiste no sólo en medios higiénicos, sino tambien en medicamentos escogidos entre los que constituyen el fondo del tratamiento curativo de la enfermedad de que se quiere preservar: así, Arsénico y Rhus serán los profilácticos del tifo, Cuprum y Veratrum del Chólera, etc., etc.

Para detalles más completos se podría consultar la obra del Dr. Despiney: "Del' Arsénico considerado como antídoto de las enfermedades infecciosas, su empleo curativo y preservativo segun el método de Hahnemann." Paris.—1871.

Pero la situacion más grave de la Escuela An-

tigua es el estado de division en que se encuentra.

El Profesor Virchow, el ilustre fundador de la Patología celular, en las *Trans. del Cong. med. int. de 1881* dice con su propia autoridad: "que nosotros al fin sabemos á diferencia de nuestros ignorantes antepasados, que la enfermedad es una cosa real, un ente material: una celdilla alterada.

Despues, Mr. Pasteur, tambien bajo su propia autoridad nos dice que la enfermedad es una cosa real, un ente material: un microbio.

¿Cómo será posible concordar opiniones tan distintas? ¿Cuál de los dos sabios tiene razon? Y en cuanto á método curativo, que es el punto más importante y deliecado, cuál se deberá preferir en conciencia, y léjos del propio pareeer y de las elucubraciones de la ciencia? Ya se ha visto que la Escuela de Virchow ó anatómico-patológica nada puede para curar las enfermedades despues que han recorrido ciertos periodos, y que su Terapéutica descansa tambien en una teoría y no en un principio fijo y verdadero.

En cuanto al microbismo se debe preguntar á los panspermistas si los microbios son la causa, ó el producto de las enfermedades. Se sabe que los microbios necesitan un terreno á propósito para desarrollarse; y por otra parte es un hecho que la composicion de la sangre cambia aumentando ó perdiendo sus principios, en las enfermedades, y convírtiéndose por decirlo así, en tierra abonada para la vida y multiplicacion de los invisibles gérmenes que pululan en el aire. En este caso, la causa que produce los cambios de composícion en la sangre sería de un órden superior á los microbios para producir las enfermedades.

Despues de esto, hay una experiencia notable de Onimus, *Gaz. med. Dic. 30—1882*. "Separé, dice,

por medio de un pergamino la sangre del agua que contenía las sales que promueven el deserrollo de los proto-organismos. El todo se puso en las condiciones que hacen la sangre septicémica. Despues de algun tiempo se encontró en ambos líquidos los mismos organismos, los mismos bibriones, las mismas bacterias, los mismos microbios, y sin embargo miéntras que unas gotas de sangre inyectadas produjeron la muerte, el agua inyectada conteniendo millones de organismos idénticos en forma, edad etc., no produjo en el organismo perturbacion alguna."

Y como si no bastara todo ese caos de contradicciones y de dudas, todavía se presenta la Dosimetría que, á juzgar por su nombre, pareceria que no tiene otra novedad que sus dósis fijas y medidas. Pero nó, ella se llama á sí misma la medicina científica, é intolerante con todo lo que no es su sistema-rompe con el pasado, y llama vieja ignorante y des, preciable á la secular alopatia y naturalistas del mundo microscópico que no se ocupan mas que de poner nombre y clasificar séres invisibles á los sabios que estudian los micrcbios.

Carece de historia y de estadísticas en qué fundar sus pretensiones; y á excepcion de Bélgica en donde fué prohijada y algunos médicos de Francia y otras partes que la practican, no es universalmente recibida.

Inventada por el Dr. Mandl, médico homeopático, tiene los glóbulos, los botiquines, los repertorios, las medicinas domésticas y toda la apariencia exterior de la Homeopatía. Usa todos sus medicamentos y aunque todos los químicos y terapeutistas convienen que no son lo mismo los efectos del Opio que los de la morfina y demás alcaloides de él; que hay diferencia entre la quina, la quinina, la cinchonina y sus otros componentes por lo mismo que la esencia de na-

ranja ó el ácido cítrico tomados separadamente no pueden tener el efecto que una naranja; sin embargo, ella sólo emplea los alcaloides ó principios venenosos ó activos como se dice, de las plantas. Y aun cuando emplea medios milígramos, milígramos ó centígramos como son muy repetidos y de sustancias muy activas, sus dósis son exageradas como en la alopatia, y peligrosas cuándo el medicamento que usa es homeopático á la enfermedad que quiere curar, porque como entónces la medicina obra en sentido de la enfermedad, quién sabe hasta dónde llegaría la natural agravacion que produjera en tales casos.

Tiene como los otros sistemas de la Alopatía su teoría para la inflamacion. Se sabe que la inflamacion produce la dilatacion de los vasos capilares sanguíneos. Se sabe que la Estricnina produce la contraccion de las fibras musculares; luego ha de estrechar el calibre de los vasos; luego la Estricnina cura la inflamacion. Pero la Ergotina por ejemplo, y otras sustancias tambien estrechan los capilares y ellas podrían tambien emplearse para el mismo objeto, ¿por que pues se prefiere una á las demás?

Se ve pues que la teoría dosímetra adolece del defecto de todas sus antecesoras de 2,000 años atrás. Es una suposicion no es un principio científico Es una simple induccion que no descansa en la observacion ni la experiencia.

A pesar del deseo de separarse de la Alopatía, conserva la secular lanceta para caso rigorosamente necesario, y usa un Purgante que por dó quiera emplea, el Seidlitz Chanteaud, que vale tanto como los polvos de Seidlitz comunes ó el citrato de magnesia ó cualquiera otro; pero el Dr. Burgraeve, el propagador de la dosimetría, dice que lleva 30 años de tomarlo, y asegura él mismo que á él le debe haber llegado á la edad que cuenta.

Carece de confianza en el empleo de una sola

medicina y sin desprenderse de la red Alopática, manda en ciertas enfermedades unas medicinas para los síntomas que se presentan *Medicacion variante*, y otras para la constitucion del paciente, *Medicacion constante*.

Asclepiades decía que el oficio del médico era curar, cito, tuto et jucunde, como tradujo Celsus, pronto, con seguridad, y agradablemente. La homeopatía blasona de cumplir en sus curaciones el deseo del descendiente de Esculapio. Las estadísticas comparativas demuestran que cura muy pronto. El conocimiento científico de los medicamentos, su empleo segun una verdad y una ley de la naturaleza, la conducen á usarlos con seguridad; y como no debilita las fuerzas vitales del enfermo con sangrías, purgas ni pérdidas de humores, ni maltrata su gusto con brebajes indigestos y repugnantes que le ocasionen nuevos síntomas incómodos, es indudable que tambien cura agradablemente, cito, tuto et jucunde.

La Dosimetría asegura que ella tambien desenvuelve esas cualidades, y, en efecto, dice que como sus medicinas ya están preparadas de antemano se pueden obtener, cito, pronto. Que el estar medidas rigurosamente las dósis, da el tuto, la seguridad, y como no tienen mal sabor se pueden tomar jucunde, agradablemente. De manera que miéntras la Homeopatía realiza en el sentido de la salud del enfermo, y en el importante terreno de la curacion, tan bello consejo, la Dosimetría lo realiza en el terreno de la botica. Y todavía, en cuanto á la rigorosa medida de las dósis, un jóven médico de la antigua Escuela, amigo mio y dotado de sincera observacion y buen juicio, me asegura haber hecho el análisis químico de algunas muestras de glóbulos [Chanteaud] y haber encontrado muchos que no tienen medicina alguna.

9 Y al disputarse el terreno de la Terapéutica los

panspermistas con sus microbios, los de la Escuela fisiológica con sus células enfermas y además la Dosimetría ¿qué deberá preferirse, en dónde está la verdad, puesto que la verdad es una en todas las cosas?

Por eso al contemplar el caos de la medicina actual exclama el Dr. Bonordeun (Gaz. med. prus. 1,862): "En ninguna época los modos de tratamiento de las diversas enfermedades han diferido tanto como en nuestros dias, en ninguna época la Terapéutica tuvo tan pocos principios y fué tan dudosa é incierta como hoy."

Y estos pensamientos los repite en Francia el Dr. Amadeo Latour cuando dice (en la Union Médica): "La medicina actual se ha desviado de sus vías naturales; ha perdido de vista su noble objeto. el de aliviar ó curar. La Terapéutica ha sido arrojada al último lugar; y sin terapéutica el médico no es más que un inútil materialista que pasa su vida en reconocer, en clasificar y dibujar las enfermedades del hombre. La Terapéutica es la que levanta y ennoblece nuestro arte, por ella sólo tiene él objeto y por ella sólo este arte puede ser ciencia." Pero esto no es más que el eco del grito de desengaño y desaliento que en todas las épocas y en todos los siglos han dejado escapar todos los grandes médicos pensadores.

Sydenham, el ilustre médico inglés, en el siglo XVII exclamaba al fin de su vida: "La medicina es el arte de charlar, no de curar."

Boerahve, aquel médico de grande talento y de fama universal en el siglo XVIII, mandaba, en su testamento, quemar todos sus libros á excepcion de un volúmen magníficamente empastado, en donde se leyó estas palabras: "Conservad la cabeza fresca, los piés calientes y el vientre libre, y burlaos de los médicos."

Bichat, el ilustre anatomista de la Escuela antigua, á principios de nuestro siglo decia hablando de la Terapéutica (*Anat. gen.*): "No es una ciencia para un espíritu metódico: es un conjunto informe de ideas inexactas, de medios ilusorios, de fórmulas tan extravagantemente concebidas como fastidiosamente acumuladas. Se dice que la práctica de la medicina es repugnante; yo digo más, no puede ser la de un hombre racional cuando se sacan los principios de la mayor parte de las materias médicas."

Magrndie, el célebre fisiologista: "Sabedlo bien, la enfermedad sigue habitualmente su marcha á pesar de la medicacion. Si dijera mi pensamiento añadiría que en los hospitales donde la medicina es más activa, la mortalidad es más considerable."

Louis, el hábil clínico francés: "Hace 20 años que he estudiado en los hospitales todos los métodos curativos á su vez, y he observado que la mayor parte de ellos ofrecían resultados deplorables; á ellos les debo la pérdida de personas muy queridas."

Bouchardat, terapeutista alópata: "La ciencia no está hecha, está por edificarse."

Sprengel decía: "El escepticismo en medicina es el colmo de la ciencia: el partido más sabio consiste en mirar todas las opiniones con el ojo de la indiferencia sin adoptar ninguna."

En nuestros dias, la Inglaterra repite tambien el mismo grito de desengaño y desesperacion, y sus notables terapeutistas exclaman como el sabio Dr. Wilks, del hospital de Guy, ante la Sociedad médica de Midland en Birmingham: "El médico que haga depender el éxito de sus curaciones del uso de los medicamentos, nunca tendrá una posicion más alta que cuando no dé ninguno y mantenga á los amigos del paciente léjos de las medicinas y confiados solamente en su alto conocimiento.

"Todo sistema que comienza con la curacion por medio de drogas, es erróneo, estrecho en principios y con sabor de charlatanismo puesto que hace una llamada directa al sentimiento popular.

"Sería curioso saber cuántas medicinas se dan por el conocimiento de su uso, y cuántas simplemente por seguir el dictámen de nuestro entendimiento. Yo creo que á todos nosotros, cuando escribimos sobre un pedazo de papel el nombre de algun medicamento para curar una enfermedad, nos sería muy difícil dar una buena razon de nuestro modo de obrar. Lo que tenemos que hacer es tomar ese farragon de Materia médica y purgarlo de todo lo fantástico é inútil, procurando descubrir por *directa observacion y exacta experimentacion* la naturaleza de los medicamentos."

El Dr. Swayer, en el Instituto médico de Birmingham, dijo: «¿Por qué doy tal medicina á tal enfermo? No porque tenga tales ó cuales efectos fisiológicos y por eso espere yo que haga bien, sino porque ántes he visto que es ventajosa en iguales circunstancias, y esta experiencia me satisface para usarla miéntras no conozca yo otra mejor."

Pero miéntras unos permanecen envueltos en las tinieblas de su escepticismo, otros vuelven sus miradas clandestinamente á la despreciable Homeopatía para pedirle, y no en vano, la luz y la esperanza que les falta.

Sydnei Ringer, el sabio terapeutista del Colegio Real de Médicos, publicó hace 14 años un "Tratado de Terapéutica" que llamó mucho la atencion y alcanzó 4 ediciones. Callando siempre el orígen, recomendaba algunas medicinas en pequeñísimas dósis y para los mismos casos que en Homeopatía. Decía, por ejemplo, que muchas veces no se necesitaba para contener el vómito más que *una sola gota* de vino de ipecacuana; y algunos párrafos de su obra parecen salidos de la pluma del mejor homeópata.

Pero el acontecimiento más notable y reciente, así como más grave para la antigua medicina, es el «Tratado de Terapéutica,» del Dr. Lauder Brunton, cuyo testimonio y conducta son de gran peso por ser catedrático actual de materia médica en la Escuela dominante.

Dice «que cualquiera sustancia que en moderada cantidad aumenta la energía de las celdillas orgánicas de nuestros tejidos, la destruye cuando es excesiva —Las cantidades muy pequeñas ó muy grandes producen efectos semejantes.—La accion opuesta de las dósis grandes y las pequeñas, parece ser el fundamento de *verdad* sobre el que se funda la Homeopatía.—La práctica irregular de las dósis infinitesimales, nada tiene que hacer con el principio de la Homeopatía: los semejantes curan á los semejantes. Lo que tiene que hacerse es lo que aconsejaba Hipócrates cuando recomendaba la Mandragora para la manía: que la dósis sea más pequeña que la que bastaría para producir en el hombre sano síntomas semejantes á la enfermedad.» Este es el mismo lenguaje que usan los bajo dilucionistas homeópatas.

El éxito práctico de las obras de Ringer, Anstie y otros, ha consistido en asimilar á su enseñanza hechos prácticos de Homeopatía aplicada, y Mr. Brunton no se ha quedado atrás de sus compañeros. Cualquiera se convencerá viendo el Indice clínico de su obra, que ocupa 100 páginas. Así puede verse, por ejemplo, en el rubro de Angina [Tonsillitis] 24 agentes, de los cuales 13 son de uso interno y de éstos 9 son tomados de la Homeopatía, y son: Acónito, Apis, el veneno de la Abeja que sólo la Homeopatia conoce y usa, Arsénico, Belladona, Yodo y ioduros, Mercurio y Phytolaca.

En el Vómito hay 51 agentes, de los cuales 43 son drogas y de éstas 15 son homeopáticas, encontrándo-

se entre ellas el Tártaro, la Apomorfina, la Ipecacuana, etc.

En el chólera menciona el Arsénico, el Alçanfor (15 gotas de tintura fuerte miéntras los síntomas sean violentos), el Cobre, casi el mismo tratamiento aconsejado hace 90 años por Hahnemann.

Sin embargo, en el mismo volúmen asegura que la Homeopatía no puede considerarse como una regla de práctica universal, porque impide que los que la siguen busquen un sistema racional de Terapéutica. A lo que se le podía contestar con aquel poeta romano: "Video meliora proboque, deteriora sequor. —Conozco y apruebo lo mejor, y sin embargo sigo lo peor."

Y esta obra ha sido acogida con grande aplauso y traducida al francés y al español, hallándose por consiguiente entre las manos de los estudiantes y de los médicos.

Hé aquí ya á la despreciable Homecpatía metida dentro del corazon de la antigua medicina, cuyo secular edificio ya cruje y comienza á derrumbarse bajo los embates de los trabajadores de la verdad. "Dos generaciones más, como dice el ilustre Dr. homeópata Gallavardin, y con excepcion de algunos disidentes, todos los médicos se habrán agrupado al rededor del principio de Hahnemann."

Ya se acerca el cumplimiento de la prediccion de su ilustre fundador, cuando lleno de fé y con clarísima intuicion decía: "Nuestro arte no necesita palanca política ni mundanas divisas de honor para ser algo. Entre toda la yerba y la invisible zizaña que vegeta en su derredor, él crece gradualmente, desde pequeña bellota á árbol esbelto, y ya sus altas cimas dominan la vegetecion que le rodea. Tened sólo paciencia, él penetra con sus raíces las profundidades de la tierra, y con toda certidumbre y á su

debido tiempo, será un elevado roble que extienda sus robustos brazos, que la tempestad no podrá romper, á todas las regiones de la tierra, y la humanidad adolorida se refrigerará bajo su bienhechora sombra."

¡Cómo contrasta la vigorosa fé y la esperanza tranquila del ilustre anciano de Köethen con el amargo desengaño, la negra duda y la desesperacion de los médicos eminentes y pensadores de la vieja Escuela en todos los tiempos y en todo el mundo! Ellos bajan al sepulcro sin haber conseguido lo que buscaron, descreídos y sin esperanza; y Hahnemann, en los últimos dias de su avanzada vida, escribia en 1833, en la *Gaceta Médica General* [homeopática]: "El que siga mi ejemplo, acabará su carrera con la alegría que yo que estoy al borde de la tumba; como yo, reclinará tranquilo su cabeza en el seno de la tierra, y entregará lleno de confianza su alma á DIOS, cuya Omnipotencia hace temblar á los malvados."

Voy á ocuparme, por último, de algunas objeciones contra la Homeopatía y trataré indistintamente las que tienen una procedencia cientifica ó un orígen vulgar. Ninguna de ellas tiene el peso de la fuerza ni de la reflexion; ninguna de ellas se funda en un conocimiento seguro de la nueva ciencia; pero el público, que no está obligado á analizarlas, pudiera concederles una importancia que de ningun modo merecen.

El profesor Bouchut, al emitir su desventajosa opinion sobre la Homeopatía, dice: "No solamente las clases pobres é ignorantes de la sociedad son adeptas de la Homeopatía, sino que sus clientes y sus patronos son precisamente personas ricas, ilustradas, ministros, oficiales superiores, letrados, mujeres nerviosas del gran mundo, gentes que hacen alarde de incredulidad, espíritus fuertes que no creen en los

milagros, ni en el sobrenatural, pero que creen en la Homeopatía; y sin embargo, toda esa popularidad descansa únicamente en la credulidad, en la fé de los que se curan, porque el incrédulo no saca ventaja de esa medicacion...." Yo, sólo le preguntaré al sabio profesor Bouchut cuál es la fé con que contribuyen para su curacion los millares de niños que salva diariamente la Homeopatía, y sobre todo, en dónde está la fé de los caballos que cura admirablemente la Veterinaria homeopática.

Entre nosotros se ha dicho que Hahneman, para estudiar los efectos puros de los medicamentos en el hombre sano, los repartía entre la multitud de personas sin distincion de criterio, clase ó ilustracion; que tenía gente mercenaria que por un jornal se prestaba á la experimentacion. Pues en el "Organon de la Medicina," 4ª edicion española, en la página 135, despues de recomendar Hahnemann en el párrafo 143 la observacion del rigoroso método que aconseja para descubrir los efectos morbíficos de los medicamentos, en la nota 2ª, dice: "En estos últimos tiempos han confiado el cuidado de experimentar los medicamentos á personas desconocidas y distantes que se pagaban para cumplir este encargo. Pero este modo priva de garantía moral, de certidumbre y de todo valor real á este importante trabajo en el que deben fundarse las bases de la única verdadera medicina." Hahnemann trabajó 15 años, desde 1790 hasta 1805 en experimentar en su propia persona más de 60 medicamentos, y en medio de aquel admirable cuanto penoso trabajo, decía: "Cuando se trata de un arte cuyo objeto es la salud humana cualquiera omision para conseguir el fin es un crímen."

En 1842 la Sociedad reexperimentadora de Viena estableció una série de trabajos que duraron hasta 1848, con objeto de revisar los experimentos de Hahnemann y esas rigorosas reexperimentaciones no hicie-

ron más que confirmar la conciencia, el rigor y la verdad de las admirables observaciones del maestro.

Se dice que las medicinas homeopáticas no hacen nada, que se pueden tomar todos los glóbulos juntos de un botiquin sin sentir cosa alguna. ¿Pero, es preciso envenenar para curar? El alópata que pretende curar con los efectos primarios y venenosos de los medicamentos necesita para llegar á ellos grandes dósis. Para que purgue la salcatártica es necesario tomar una onza; para que la ipecacuana haga vomitar es preciso mandar 30 ó 40 granos; para que el opio haga dormir es necesario un grano de extracto, etc., etc. Pero el homeópata cura con los efectos secundarios de los medicamentos y para obtenerlos bastan pequeñísimas dósis y esto no son razonamientos teóricos, ni opiniones, sino hechos y propiedades de la Naturaleza.

Todos los glóbulos de un frasco tomados en una sola vez, nada harán en estado de salud, convengo, pero tomados en el de enfermedad de una manera científica y metódica, 90 años de experiencia y millares de enfermos que atestiguan afirmativamente sus buenos resultados, forman criterio de evidencia contra la ilógica negativa de unos cuantos.

Los gobiernos, se dice, desdeñan la Homeopatía: las ambulancias de los ejércitos todas están servidas por la alopatía.

Desde el año de 1829 se hicieron, por mandamiento del Emperador de Rrusia, ensayos de tratamiento homeopático comparado, por el Dr. Hermann, en el hospital de Infantería de San Petersburgo. Se recibieron 409 enfermos.—Se curaron 370.—7 se mejoraron.—No curaron 4.—Murieron 16.—Quedaron 12. —Mortalidad 3.91 por ciento. Miéntras que la mortalidad en el hospital de Marina de la misma capital, con servicio alopático, fué de 23.3 por ciento.

En la guerra de sesesion de los Estados Unidos, por órden del Ministerio de la Guerra, se organizaron ambulancias homeopáticas y alopáticas; y lo mismo se hizo en la guerra Turco-rusa.

Se insiste en que las Academias y sociedades de sabios no admiten la Homeopatía. Esta es precisamente la lucha, y la historia de las grandes verdades científicas demuestra que nunca las Academias compararon los argumentos, experimentaron los hechos ni estudiaron á fondo las cuestiones para decidir; ellas en todos tiempos han opuesto una resistencia tenaz á todos los grandes descubrimientos y ésto se convierte en una prueba de la verdad de la Homeopatía.

Cuando Galileo demostró el movimiento de la Tierra, probando la verdad del sistema de Copérnico, la Inquisicion de Italia lo condenó como herético, pero despues de haberse fundado en el dictámen de los sabios de aquella época que se reunieron en varias ocasiones para refutarlo.

Guillermo Harvey, el descubridor de la circulacion de la sangre, no encontró en el Colegio Real de Médicos de Lóndres más que incredulidad y oposicion á su descubrimiento y tuvo que sufrir las burlas, la persecusion y los disgustos que emanaban del orgullo y la envidia de sus compañeros.

Jenner, el descubridor de la vacuna, tuvo que luchar contra la ignorancia, la injusticia y las preocupaciones de su época. En Lóndres y en Paris se dividieron las opiniones de los sabios, y fué necesario el trascurso de muchos años para aceptar unánimemente el benéfico descubrimiento.

En 1802 la Academia de Paris declaró loco á Roberto Fulton, el inventor de los buques de vapor, cuando esperaba realizar en Francia su grandioso pensamiento. Los Estados Unidos lo acogieron con

entusiasmo y cinco años más tarde el primer buque de vapor surcaba las aguas del Hudson navegando entre Albany y New York.

Era preciso que la verdad médica, la Homeopatía, recorriera tambien la misma senda de escóllos y dificultades con que el orgullo, la ignorancia y la envidia han querido en insensata alianza estorbar su bienhechora marcha. Si los sabios y los grandes la hostilizaron al principio, no hay que extrañarlo, jamás la verdad entró en el mundo sino venciendo el error y las pasiones.

En 90 años de rudos trabjos, la Homeopatía jamás se ha doblegado ante las capciosas opiniones de sus contrarios; ha sufrido todas las pruebas, ha contestado todas las objeciones y á fuerza de paciencia y de hechos admirables que todo el mundo mira, ha impuesto silencio á la ignorancia, y conquistado los títulos que le dan derecho á ser la verdadera medicina, no hay que dudarlo, de un porvenir cercano.

A realzar estos hechos ante los ojos del público tiende el conjunto de estas hnmildes reflexiones. Si la salud es el más valioso de los bienes, es preciso saber cómo recobrarlo con éxito cnando se ha perdido, es preciso conocer en dónde están la certidumbre y la seguridad.

Yo no pretendo convencer á todos; pero sí creo que los innegables hechos que refiero, enlazados íntimamente con la experiencia y con la Historia, merecen, por parte de los espíritus sérios y reflexivos, atenta consideracion y detenido exámen.

México, Diciembre 12 de 1890.

